



FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES

Trabajo de Integración Final de Psicología

Estrés parental y sensibilidad paterna en la etapa
perinatal

Ailén González L. U: 1046927

Carrera: Licenciatura en Psicología

Tutor: Liliana Nieri **Firma tutor:**

Fecha de presentación: Mayo 2017

Índice

Resumen.....	2
Introducción.....	3
Pregunta de investigación	5
Objetivos	5
Hipótesis	5
Estado del arte	
Sensibilidad paterna	6
Estrés parental.....	9
Marco teórico	
Transición a la paternidad	13
Involucramiento paterno.....	15
Sensibilidad paterna	18
Teorías del estrés general	20
Teorías de estrés parental	22
Metodología	
Diseño	25
Participantes	25
Instrumentos	26
Procedimientos de recolección y análisis de datos	26
Resultados	
Estadísticos descriptivos.....	27
Relación entre CSP y EEP.....	28
Diferencias en sensibilidad paterna según variables sociodemográficas	29
Diferencias en estrés parental según variables sociodemográficas.....	32
Discusión	36
Conclusión	42
Agradecimientos.....	44
Referencias bibliográficas	45
Anexos	
Consentimiento informado	54
Cuestionario sociodemográfico	55
Escala de estrés parental.....	56
Cuestionario de sensibilidad paterna	57
Tablas	59

Resumen

El objetivo del presente estudio fue analizar la relación entre los niveles de estrés parental y los niveles de sensibilidad paterna en una muestra de padres de bebés sanos menores de dos años. Se recolectó una muestra no probabilística incidental de 110 adultos hombres residentes en Buenos Aires de entre 18 y 55 años ($M=32.76$; $SD=6.493$). Se les administró un cuestionario sociodemográfico, la Escala de Estrés Parental y el Cuestionario de Sensibilidad paterna. Los resultados arrojaron que existe una relación negativa estadísticamente significativa entre la sensibilidad paterna y el estrés parental ($r = -.417$; $p < .01$). Este estudio es una aproximación inicial al conocimiento del modo en que los padres residentes en Argentina transitan la paternidad y sugiere la necesidad de abordar el estrés parental de los padres como un medio para aumentar la cantidad de participación y sensibilidad del padre en la crianza de sus hijos, y así mejorar la calidad de la relación padre-hijo.

Palabras clave: paternidad, sensibilidad paterna, estrés parental, involucramiento, participación.

Abstract

The aim of this study was to analyze the relationship between parental stress and paternal sensitivity in a sample of parents of healthy infants under two years of age. A non-probabilistic sample of 110 male adults residing in Buenos Aires between 18 and 55 years old was collected ($M=32.76$; $SD=6.493$). Parental Stress Scale, Paternal Sensitivity Questionnaire and sociodemographic questionnaire were applied. The results showed that there is a statistically significant negative relation between paternal sensitivity and parental stress ($r = -.417$; $p < .01$). This study is an initial approach to the knowledge of how Argentinian parents go through parenthood and it suggests the necessity to address parents' parental stress to increase the amount of parent participation and sensitivity in parenting, thereby improving the quality of the parent-child relationship.

Key words: parenthood, paternal sensitivity, parental stress, involvement, participation.

Introducción

El propósito de esta investigación es analizar si existe relación entre los niveles de estrés parental y de sensibilidad paterna en una muestra de padres con bebés sanos menores a dos años. Las investigaciones sobre la transición a la paternidad y los procesos psicológicos que atraviesan los hombres son escasas, ya que la paternidad como fenómeno socio-cultural está mucho menos estudiado que la maternidad, (Barclay & Lupton, 1999; Buist, Morse & Durkin, 2003; Condon, Boyce & Corkindale, 2004; Draper, 2002; Maldonado-Durán & Lecannelier, 2008).

La paternidad es un concepto multifacético que con el tiempo se ha ido transformando y ha asignado distintos roles a los padres. En un principio, se consideraba al padre como guía moral y figura de autoridad. Luego, su función consistió en ser el proveedor económico de la familia y dar apoyo a su pareja. En la actualidad, se espera que el padre se involucre en la crianza de su hijo, cuestión que conlleva efectos psicológicos, físicos y sociales (Barclay & Lupton, 1999; Lamb, 2000; Maldonado-Durán & Lecannelier, 2008; Sarkadi, Kristiansson, Oberklaid & Bremberg, 2008).

Esta nueva conceptualización del padre surge alrededor de la década de 1970 en sintonía con los cambios en las estructuras sociales del mundo occidental, tanto en los modelos familiares como en el rol paterno, debido a la entrada de las mujeres al mercado laboral, una mayor cantidad de divorcios y la redistribución de los salarios entre hombres y mujeres (Lombardini, 2009). En ese momento, comienza a haber una creciente comprensión y reconocimiento de que los padres -como las madres- tienen funciones importantes, complejas y multidimensionales en el desarrollo de sus hijos (Lewis, et al., 2009). En consonancia con esto, surgen estudios que evidencian que el involucramiento temprano por parte del padre tiene un impacto positivo en el desarrollo de sus hijos (Cabrera, Shannon. & Tamis-LeMonda, 2007; Marsiglio, Amato, Day & Lamb, 2000; Panter-Brick et al., 2014)

A partir de esos hallazgos, los psicólogos comienzan a pensar al padre como activamente involucrado en el cuidado del niño en el día a día y se centran en estudiar los cambios de identidad del hombre al convertirse en padre y el modo en que viven el proceso de transición a la paternidad (Cowan & Cowan, 2000; Lamb, 2000). Diversas investigaciones han mostrado que esta transición es un periodo complicado en donde hay cambios y redefiniciones con el fin de adaptarse a la nueva función de ser padre (Barclay & Lupton, 1999; Oronoz, Alonso-Arbiol, & Balluerka, 2007).

Asimismo, hay evidencias que indican que el estrés de los padres es una consecuencia normal de esta transición, pero que puede afectar el bienestar de los padres y de los hijos (Deater-Deckard & Scarr, 1996; Miller & Sollie, 1986; Weinraub & Wolf; 1987). Debido a esto, es importante comprender mejor las fuentes de estrés y considerar las formas de preparar a los

padres ante estos cambios para que tengan los recursos mentales y emocionales necesarios para formar una relación segura y nutritiva con sus hijos (Fletcher, Matthey, & Marley, 2006; Hildingsson & Thomas, 2013).

Cowan y Cowan (2000) sostienen que el estrés parental puede surgir debido a las responsabilidades adicionales y el ajuste a su rol en la crianza dentro del contexto de agotamiento y privación del sueño. Otros estudios agregan que esto podría deberse a que los hombres deben someterse a una reorganización psicológica durante este tiempo, en el cual también intentan adherir una imagen paterna basada en una estrecha relación con la familia y el cuidado de los niños (Condon et al., 2004; Genesoni & Tallandini 2009).

Los autores citados demuestran la importancia de incluir en nuevos estudios lo que le sucede al padre en estos primeros momentos del nacimiento de su hijo, en este caso, se busca aportar conocimiento en relación al estrés parental y la sensibilidad paterna.

Pregunta de investigación

¿Existe relación entre los niveles de estrés parental y los niveles de sensibilidad paterna en padres de bebés sanos menores de dos años?

Objetivos

General

Analizar la relación entre los niveles de estrés parental y los niveles de sensibilidad paterna en una muestra de padres de bebés sanos menores de dos años.

Específicos

- Describir la sensibilidad paterna de los sujetos de la muestra.
- Describir el nivel de estrés parental presente en la muestra.
- Analizar si existen diferencias significativas en la sensibilidad paterna según las variables sociodemográficas: edad, nivel de estudios, estado civil, clase social y situación laboral de los padres; cantidad de hijos, planificación del embarazo, tipo de parto, sexo y edad del bebé.
- Analizar si existen diferencias significativas en el estrés parental según las variables sociodemográficas: edad, nivel de estudios, estado civil, clase social y situación laboral de los padres; cantidad de hijos, planificación del embarazo, tipo de parto, sexo y edad del bebé.

3.3 Hipótesis de Trabajo

- Los padres que presentan mayores niveles de estrés parental tienen menor sensibilidad paterna.
- Los niveles de sensibilidad paterna son mayores en los padres adultos, en pareja, con estudios superiores, de clase media, empleados, que sean padres por primera vez, que planificaron el embarazo, que hayan atravesado un parto normal, con hijos varones que transiten los primeros meses de vida.
- Los niveles de estrés parental son mayores en los padres jóvenes, solteros, con bajo nivel de estudios, de clase baja, desempleados, con más de un hijo, con un embarazo no planificado, un parto con complicaciones, con hijas mujeres de un año o más.

Estado del arte

Sensibilidad paterna

El nuevo modelo de paternidad surgido a partir de los años 70 asigna al rol paterno un mayor acercamiento e involucramiento activo durante el embarazo, el parto y los primeros años de vida de su hijo, al cual se suele llamar involucración paterna (Lombardini, 2009; Maldonado-Drurán & Lecannelier, 2008). Valdés y Godoy (2008) explican que, con el cuestionamiento de los modelos tradicionales del padre proveedor, se desplaza la figura de un padre autoritario y poco comunicativo por la del padre cariñoso y preocupado por las necesidades de sus hijos, incluyendo las afectivas además de las materiales.

La transición a la paternidad es un proceso de transmisión intergeneracional en el que se evocan las representaciones mentales acerca del rol de ser padres provenientes principalmente de la experiencia de su propia crianza (Habib, 2012). Es por ello que será atravesada por el padre según su historia personal como hijo y las vivencias que tenga con su hijo por nacer o recién nacido (Nieri, 2015). Los recuerdos de su propio padre influyen en los procesos de reorganización de su identidad, funciones y prácticas, generando un menor involucramiento con su hijo cuando esos recuerdos son negativos, y una mayor sensibilidad en aquellos que lo recuerdan positivamente (Genesoni & Tallandini de 2009). Suárez-Delucchi y Herrera (2010) sostienen que los padres, por imitación o diferenciación, manifiestan el deseo de superar a sus propios padres, exponiendo el deseo de tener una mejor relación con su hijo de la que ellos tuvieron en su infancia, siendo más afectivos y compartiendo más tiempo.

Las investigaciones que abordan el involucramiento paterno pueden clasificarse teniendo en cuenta la etapa de la paternidad que examinan: el período prenatal, parto y nacimiento, o el período posnatal. Genesoni y Tallandini (2009) encontraron que el embarazo es el período más exigente en cuanto a la reorganización psicológica del yo; el trabajo de parto y nacimiento fueron los momentos emocionales más intensos; y el período posnatal fue más influenciado por factores ambientales y mayormente desafiante en términos de hacer frente a la nueva realidad de ser padre.

En una investigación llevada a cabo en 2015, Epifanio et al. sostienen que, a pesar de atravesar una reestructuración psicológica y enfrentarse con su historia personal y familiar, el hombre no experimenta un intercambio emocional con el niño durante el embarazo o después del parto, sino que emprende una relación con él a partir de dos meses después del nacimiento. Por el contrario, Nieri (2015) sostiene que el padre atraviesa diversos cambios, tanto psicológicos como afectivos desde el embarazo hasta después del nacimiento. Al estudiar los sentimientos del padre desde la gestación, Suárez-Delucchi y Herrera (2010) observaron que los que planificaron

la paternidad junto con su pareja refirieron sentimientos positivos frente a la llegada del hijo, a diferencia de los que no lo hicieron, revelando sentimientos negativos como temor, preocupación, entre otros.

Al investigar el involucramiento paterno, Ramchandani et al. (2012) encontraron que los padres se interesan e involucran más con sus hijos varones que con sus hijas, y tienden a pasar más tiempo con los niños que con las niñas, independientemente de las edades de los niños. Sin embargo, Lewis et al. (2009) hallaron que no hay relación entre el género del niño y el involucramiento paterno, indicando que, a diferencia de décadas anteriores, el género de un niño no es una motivación principal para la participación paterna en el cuidado infantil.

Diversos estudios encontraron que la edad del hijo influye en las conductas del padre. Nieri (2015) halló que a mayor edad del hijo más sensibilidad presenta el padre, siendo que desde el inicio del embarazo hasta los siguientes años la paternidad se va construyendo y desarrollando de diferentes maneras. A su vez, se ha comprobado que la edad del padre tiene efectos sobre sus comportamientos hacia su hijo. Los padres de mayor edad presentan mayor sensibilidad que los padres más jóvenes, probablemente debido a que fueron criados bajo un modelo cuestionador de la paternidad tradicional dando paso a una figura de padre más flexible y participativo (Nieri, 2015). Sin embargo, en su estudio, Vreeswijk (2014) halló que los padres más jóvenes tienen un mayor involucramiento con su hijo porque son generalmente primerizos. Según este autor, los padres que ya tienen un hijo tienen que dividir su tiempo y atención entre su hijo nacido y el niño no nacido, pudiendo afectar sus sentimientos de apego y preocupación.

Otro factor importante que incide sobre la sensibilidad paterna es la calidad de la relación de pareja, Mehall, Spinrad, Eisenberg, y Gaertner (2009) realizaron estudios para investigar sobre la satisfacción marital como predictor más frecuente del involucramiento paterno y hallaron una asociación positiva entre la satisfacción marital o la calidad de su relación de pareja y la cantidad y calidad del involucramiento del padre en el cuidado de los niños.

Los estudios que se han centrado en investigar el involucramiento de los padres en la crianza encontraron que la situación laboral paterna puede tener un impacto significativo en su participación con el niño (Fagan, Bernd & Whiteman, 2007). Generalmente, los lugares de trabajo funcionan según el modelo antiguo de familia moderno-industrial de la madre en el hogar, teniendo jornadas horarias muy extensas que les impiden dedicar más tiempo a los hijos (Valdés & Godoy). Por otro lado, si el padre está desempleado experimenta un alto nivel de sufrimiento (Devault & Gratton, 2003) debido a la pérdida de ingresos y del estado de proveedor, a una disminución de la autoestima, un aumento de la inseguridad y de sentimientos de vergüenza por

no poder desempeñar el papel de sostén de la familia (Cabrera, Tamis-LeMonda, Bradley, Hofferth & Lamb, 2000).

A pesar de estos ejemplos de la influencia negativa de la presión económica sobre el bienestar de los padres y los niños, esta misma presión también ha demostrado aumentar los síntomas de ansiedad que se asocian positivamente con una crianza más sensible (Newland, Crnic, Cox, & Mills-Koonce, 2013). Es decir, los padres que reportan una mayor ansiedad relacionada con el estrés económico ejercen una paternidad sensible y emocionalmente involucrada, mostrando sentimientos positivos hacia sus hijos (Newland et al., 2013). Alguien que está preocupado por cumplir con sus responsabilidades económicas también puede estar inclinado a preocuparse por otras responsabilidades, como la crianza de los hijos (Cronin, Becher, Christians & Debb, 2015).

En otro estudio, Cabrera et al. (2007) encontraron que los predictores más consistentes de la paternidad positiva son la educación y los ingresos de los padres, y explicaron que esto podría deberse a que los padres que tienen mayor educación están más motivados a ser padres y son más conscientes de las necesidades de desarrollo de los niños. En esta misma línea, Deave y Johnson (2008) sostienen que los factores relacionados con las dificultades del ejercicio de la paternidad tienen que ver con: los problemas financieros, un bajo nivel de educación, la falta de apoyo de la pareja, entre otros. No obstante, en el trabajo de Vreeswijk (2014) los niveles más altos de educación se asociaron con una menor intensidad de preocupación y menos síntomas de depresión y ansiedad, pudiendo deberse al hecho de que los padres con mayor nivel educativo tienen trabajos más exigentes y por lo tanto pasan menos tiempo pensando en el bebé, aunque esto no significa necesariamente que estén menos unidos a su hijo (Vreeswijk, 2014). Contrariamente, en el estudio de Valdés y Godoy (2008) el nivel de educación de los padres no estuvo relacionado con la participación en el cuidado del bebé.

Para finalizar, una cuestión que refuerza la importancia de incluir en nuevos estudios lo que le sucede al padre en estos primeros momentos del nacimiento de su hijo son los efectos del involucramiento paterno sobre el desarrollo del niño. Se halló que la sensibilidad paterna se relaciona de forma independiente y significativa con un mayor riesgo de problemas de comportamiento de los niños cuando la interacción es negativa (Ramchandani et al., 2012); y, por el contrario, con el desarrollo cognitivo, del lenguaje, social y emocional cuando la interacción es positiva (Cabrera et al., 2007; Malmberg et al., 2015; Sarkadi et al., 2008). En un estudio del 2009, Lewis et al. hallaron que los padres son más felices cuando pasan más tiempo con sus hijos, sugiriendo que puede haber una ganancia en los padres que están más involucrados en el cuidado de sus hijos.

Estrés parental

La paternidad es un periodo complicado que conlleva cambios y redefiniciones con el fin de adaptarse a la nueva función de ser padre donde pueden surgir dificultades debido al estrés generado por el rol parental (Epifanio et al., 2015; Oronoz et al., 2007). Es así que el estrés parental se describe como una noción de conflicto entre los recursos de los padres y las demandas relacionadas con el rol de ser padres (Ostberg & Hagekull, 2007). Según Kamalifard, Hasanpoor, Kheiroddin, Panahi y Payan (2014), el estrés puede surgir en caso de tener que enfrentar nuevas responsabilidades en el hogar y en el trabajo; ante las necesidades del recién nacido y otros niños; a las preocupaciones sobre la salud de la esposa y los hijos; al miedo a empeorar las relaciones con el cónyuge; a las preocupaciones financieras y al compromiso laboral.

Por otro lado, Hildingsson y Thomas (2013) sostienen que los sentimientos negativos prenatales sobre el embarazo, el próximo nacimiento y las primeras semanas con un bebé recién nacido están fuertemente correlacionados con el estrés parental tanto para las madres como para los padres. Durante el embarazo, hay ciertas preocupaciones predominantes en los hombres en torno a la paternidad acerca de qué se espera de él y si podrá sostener económicamente a su familia, que pueden convertirse en factores de estrés (Maldonado-Drurán & Lecannelier, 2008). Teixeira, Figueiredo, Conde, Pacheco y Costa (2009) proponen un modelo multivariado de influencias combinadas de los factores sociodemográficos (nivel socioeconómico, la edad, paridad), estrés (acontecimientos de la vida, los conflictos asociados, complicaciones médicas u obstétricas) y apoyo social para entender lo que le sucede al padre durante la etapa del embarazo.

Los estudios que examinaron el embarazo indican a este periodo como el más estresante (Condon et al., 2004; Fletcher et al., 2006), esto podría deberse a que los hombres deben someterse a una reorganización psicológica durante este tiempo, en el cual también intentan adherir una imagen paterna basada en una estrecha relación con la familia y el cuidado de los niños (Genesoni & Tallandini 2009). En consonancia, Teixeira et al. (2009) concuerdan en que el pico de angustia parece estar en la mitad del embarazo, disminuyendo de manera constante en el periodo posparto, siendo el primer trimestre de embarazo el período de mayor vulnerabilidad psicológica y morbilidad tanto para hombres como para mujeres y específicamente para padres primerizos.

Wee, Skouteris, Richardson, McPhie y Hill (2015) encontraron que, en los hombres, mayores niveles de ansiedad en el embarazo temprano predijeron mayores niveles de depresión y estrés en el embarazo medio, que, a su vez, ocasionaron una mayor depresión durante el

embarazo tardío. Otros autores consideran al momento del parto como un evento estresante que conlleva cambios más profundos que cualquier otro estado en el desarrollo durante el ciclo de vida (Epifanio et al., 2015). Luego del nacimiento, durante el periodo de posparto, el estrés parental puede complicarse por la percepción parental de las diferencias de género: los padres viven una presión económica que puede obstruir su involucramiento en la paternidad (Epifanio et al., 2015).

Algunos estudios dedicados a investigar la presencia de estrés en madres y padres demostraron que las madres reportan mayores puntajes en ansiedad postparto, depresión y estrés parental que los padres por estar más involucradas en el cuidado del bebé (Skreden et al., 2012; Vismara et al. 2006). Sin embargo, otras investigaciones han encontrado que no hay diferencias significativas entre el estrés materno y paterno percibido, lo cual indica que los padres experimentan niveles similares de estrés que las madres en el período postnatal (Mao, Zhu & Su, 2011).

Epifanio et al. (2015) destacan que el primer mes después del parto representa una fase crítica en la vida de los padres y se podría considerar una crisis del desarrollo caracterizado por ansiedad, estrés y alteraciones del estado de ánimo que podrían tener repercusiones importantes en el desarrollo físico y psicológico del niño. Además, indican que el estrés después del parto se manifiesta diferente en las madres y los padres, ya que en estos últimos suelen ocurrir ataques de ira, rigidez afectiva, autocrítica, agotamiento, alcohol y drogas, síntomas somáticos como la indigestión, aumento o disminución del apetito, aumento de peso, diarrea o estreñimiento, dolor de cabeza, dolor de muelas, náuseas e insomnio.

Por otro lado, diversas investigaciones hallaron que la depresión posparto y el estrés parental son los trastornos psicológicos más comunes (Epifanio et al., 2015), y que estos trastornos tienen consecuencias para su descendencia (Fletcher et al., 2006). Varios estudios han demostrado que la depresión postnatal tiene una correlación positiva significativa con las puntuaciones de estrés percibido (Kamalifard et al., 2014; Perren et al., 2005; Wee et al., 2015). Además, se ha comprobado que los hombres que informaron depresión, ansiedad y estrés elevados tempranamente en el período prenatal, también reportaron sintomatología elevada en puntos posteriores del tiempo (Wee et al., 2015).

Kamalifard et al. (2014) hallaron que el apoyo social funciona como un factor protector contra el estrés. Sin embargo, en un estudio reciente Seah y Morawska (2015) encontraron que el apoyo social no fue un predictor significativo del estrés paterno o materno.

Con respecto a la situación marital, Skari (2002) encontró que ser padre soltero es, entre otros, un factor de riesgo para el aumento del nivel de estrés psicológico a los seis meses del

parto, aunque no parece provocar malestar a largo plazo. Al referirse a este tema, Buist et al. (2003) encontraron que cuando la relación con su pareja había sido breve, los padres poseían mayores niveles de estrés. El divorcio por sí solo se ha demostrado que aumenta el estrés de los padres (Kulick & Heine-Cohen, 2011).

Al examinar la relación entre el estrés y el ser padre por primera vez, algunos estudios han demostrado que los padres primerizos mostraban mayores niveles de ansiedad y depresión que los padres experimentados (Maldonado-Durán & Lecannelier, 2008; Teixeira et al., 2009). Por el contrario, otros estudios que examinaron la relación entre el estrés y la cantidad de hijos encontraron que los padres que ya tienen hijos son más propensos a sentir estrés (Hildingsson & Thomas, 2013) ya que la multiparidad es un factor de riesgo para los altos niveles de ansiedad en el embarazo, y tener otro hijo constituye un factor de estrés ambiental (Teixeira et al. 2009). Esto puede deberse a que los padres en familias con muchos niños tienen mayores demandas (Skreden et al., 2012).

En su estudio sobre la relación entre el estrés parental y la situación laboral, Goodman et al. (2011), encontraron que niveles bajos de apoyo de los compañeros de trabajo y supervisores y acuerdos de trabajo menos flexibles pueden influir negativamente en la calidad de las interacciones padre-hijo, predecir comportamientos tales como niveles más altos de negatividad y abstinencia, así como niveles más bajos de sensibilidad, positividad y estimulación. Por otro lado, estar desempleado es un fuerte predictor de estrés, ya que suele asociarse a desventajas económicas y exclusión social (Skreden et al., 2012). Comprensiblemente, se ha demostrado que las familias de bajos ingresos experimentan estresores financieros a un nivel más alto que las familias de ingresos medios y altos (Ponnet, Leeuwen y Wouters, 2014). Se ha demostrado que el estrés financiero se relaciona con los síntomas de ansiedad y depresión (Stein et al., 2011), lo que a su vez aumenta el conflicto entre los padres y afecta adversamente el bienestar emocional, cognitivo y físico del niño (Conger, Conger y Martin, 2010). La forma en que los padres responden al estrés también puede debilitar la asociación entre la tensión financiera y los comportamientos problemáticos en los niños (Ponnet et al., 2014). Sin embargo, cuando los padres son capaces de mostrar afecto y hacer un seguimiento de las actividades de sus hijos, el comportamiento negativo de los niños tiende a mejorar incluso en el contexto de privación económica (Ponnet et al., 2014, Odgers et al., 2012).

Con respecto al nivel educativo, Skreden et al. (2012) indica que los padres con educación superior tienen más estrés parental debido a que están más implicados en el trabajo doméstico y educación de sus hijos, y sufren una reducción de sus actividades e intereses en pos de las responsabilidades parentales. Otra posibilidad es que los padres con mayor nivel educativo

tengan más demandas ocupacionales que los padres con menos educación y por lo tanto se esfuerzan por equilibrar las responsabilidades del trabajo y el hogar (Skreden et al., 2012).

Los estudios sobre el impacto de la edad de los padres sobre el estrés se han concentrado en los padres jóvenes, sin embargo, los que refieren a los padres adultos parecen ser escasos (Ostberg & Hagekull, 2007). Un estudio sobre padres jóvenes menores de 24 años llevado a cabo por Fagan et al. (2007) evidenció que cuanto mayor es el padre, más madurez emocional posee, y por ende puede asumir responsabilidades de la paternidad. Esto podría indicar que la crianza de los hijos durante la juventud puede ser muy estresante, particularmente para aquellos que tienen pocos recursos para amortiguar el estrés de la crianza de los hijos (Leadbeater & Way, 2001; Skreden et al., 2012). Contrariamente, Ostberg y Hagekull (2007) encontraron que los padres que son mayores reportan un mayor estrés parental. El hecho de que los mayores reportaran más estrés que los jóvenes puede deberse a que las expectativas de la paternidad y las demandas del niño pueden ser más exigentes para aquellos que han completado su educación, iniciado una carrera y habituado a una vida sin hijos.

A su vez, se ha investigado la influencia de la edad del niño sobre los niveles de estrés en los padres y se halló que la menor edad del niño genera mayor restricción de rol, siendo esto explicado por las mayores demandas parentales que exigen los niños más pequeños (Skreden et al., 2012).

También se encontró que no hay diferencias significativas con respecto al género del niño en los padres (Skreden et al., 2012) y que un nacimiento traumático anterior y/o complicaciones durante el parto fueron significativos predictores independientes de estrés psicológico en los padres (Skari, 2002).

Anding, Röhrle, Grieshop, Schücking y Christiansen (2016) sostienen que el estrés parental es el predictor más fuerte de los síntomas depresivos postnatales de la madre y el padre, y que las intervenciones para reducir el estrés parental pueden ayudar a prevenir la depresión posparto.

Los estudios sobre estrés e involucramiento paterno señalan que los padres que se involucran más en el embarazo muestran niveles significativamente más bajos de estrés parental que los padres que se muestran menos involucrados en el embarazo (Fagan et al., 2007). Deater-Deckard (1998) sostiene que los padres que reportan mayores niveles de estrés parental son más propensos a estar menos involucrados con sus hijos, ser autoritarios, duros y negativos en la crianza. Debido a eso, Fagan et al. (2007) sugieren abordar el estrés parental como un medio para aumentar el involucramiento del padre y la calidad de la relación padre-hijo.

Marco teórico

Transición a la paternidad

Se ha comprobado que el nacimiento de un hijo trae aparejados cambios importantes en la vida de los padres. Sin embargo, en contraste con las experiencias de las mujeres sobre la maternidad, ha habido relativamente poca investigación sobre los cambios emocionales y psicológicos que atraviesan los hombres en la transición a la paternidad (Draper, 2002; Maldonado-Durán & Lecannelier, 2008) y de cómo esto puede afectar a su crianza (Buist et al. 2003).

Cowan (1991) propone que las transiciones pueden ser entendidas como procesos continuados en el tiempo que conllevan una reorganización psicológica para la persona que las atraviesa. En la misma línea, Genesoni y Tallandini (2009) entienden a la transición como un proceso gradual físico, psicológico y espiritual de reorganización psicológica y adaptación a la incorporación de las nuevas circunstancias. De este modo, se considera la transición a la paternidad como un proceso de reorganización cualitativa que comienza durante el embarazo, cuando los padres empiezan a formar lazos emocionales con el nonato, y continúa por un cierto tiempo luego del nacimiento del bebé, durante el cual son necesarios ajustes intrapsíquicos e interpersonales significativos (Perren et al., 2005). En relación a esto, Nieri (2015) sostiene que el padre comienza su transición desde la decisión de tener un hijo, y el modo en que la atraviese dependerá de su historia como hijo, la relación con su padre, el tipo de personalidad, la situación de pareja, su situación actual, entre otras.

Fawcett (1988) postula que convertirse en padre es una de las transiciones psicológicas más trascendentales ya que significa un cambio en las lealtades emocionales y marca la entrada en un nuevo rol que va a desempeñarse de por vida. En consonancia, Bibring (1959) sostiene que la transición a la paternidad es un momento decisivo que se consagra en el pasaje hacia un nuevo rol, siendo un punto sin retorno entre una fase del desarrollo y la siguiente. Herzog y Lebovici (1995) señalan que durante la transición a la paternidad ocurre una redefinición de la identidad de hombre y esposo hacia la de ser padre.

Los estudios que examinaron el embarazo indican a este periodo como el más estresante, lo cual podría deberse a que los hombres deben someterse a una reorganización psicológica durante este tiempo, en el cual también intentan adherir una imagen paterna basada en una estrecha relación con la familia y el cuidado de los niños (Genesoni & Tallandini 2009). En este período de cambio se presentan ciertos desafíos que el padre debe atravesar: en primer lugar, se espera que desarrollen representaciones del bebé no nacido y construyan una relación de apego con un niño que no han conocido, con la dificultad de que el padre no experimenta los

misimos cambios fisiológicos que sufren las mujeres durante el embarazo, y por ende su hijo se vuelve menos tangible ocasionando que sea más difícil experimentar el bebé nonato como un niño real (Genesoni & Tallandini 2009; Vreeswijk, 2014). No obstante, Vreeswijk (2014) encontró que a pesar de que los padres no llevan físicamente al niño durante el embarazo y tienen menos oportunidades que las madres de interactuar con su bebé por nacer, la relación padre-hijo ya existe antes del nacimiento indicando que hay una fuerte asociación entre las representaciones prenatales y las representaciones posnatales que tienen de sus hijos. En consonancia con esto, Draper (2002) sostiene que la confirmación del embarazo les permite a los hombres entrar a una dimensión física, ayudando a forjar su involucramiento en el embarazo y comenzar su transición a la paternidad, independientemente de la naturaleza planeada o no del embarazo.

La segunda área problemática para los padres se refiere al desequilibrio percibido en la relación de pareja que implica una divergencia entre las expectativas masculinas y femeninas sobre la relación, y la experiencia de las necesidades discrepantes. Por último, la tercera dificultad planteada por Genesoni y Tallandini (2009) está vinculada a la formación de la identidad como padres, que requiere efectuar un pasaje de la identidad centrada en el papel de pareja a una identidad centrada en el rol de padres.

En otros estudios, se considera al momento del nacimiento de un hijo como un evento estresante que lleva consigo cambios más profundos que cualquier otro estado en el desarrollo durante el ciclo de vida (Priel & Besser, 2002), y se lo concibe como un periodo complicado en donde hay cambios y redefiniciones con el fin de adaptarse a la nueva función de ser padre (Barclay & Lupton, 1999; Oronoz et al., 2007). Cupa y Riazuelo (2001), basándose en el concepto psicoanalítico de constelación maternal de Stern (1995), postulan que los padres también pueden desarrollar una profunda reorganización subjetiva ante el nacimiento de su hijo, al que llaman constelación paternal. Esta constelación estaría constituida por preocupaciones paternas como asegurar el crecimiento de la vida del bebé, su desarrollo psíquico, la capacidad de comprometerse con su hijo, brindar una red de apoyo a la madre o ciertas figuras masculinas o femeninas, destacando la importancia de las interacciones con el bebé antes del nacimiento, así como las nuevas identificaciones paternas (Suárez-Delucchi & Herrera, 2010). Estos autores hallaron que la percepción de los movimientos del hijo es clave para sentirlo real y presente y que los padres muestran una preferencia marcada por los niños varones relacionado a que llevaran su apellido y fuesen sus sucesores en la transmisión de este.

Con respecto a los resultados de esta transición, en el período postparto, el padre puede tener un ajuste saludable a la paternidad si experimenta sentimientos de éxito y competencia en su rol y, por el contrario, puede experimentar una mala adaptación a la paternidad si se presentan

sentimientos de fracaso e incompetencia en relación al nuevo rol (Cowan & Cowan, 1988). Se encontró que la mayoría de los hombres se ocupan bien de la transición a la paternidad y sus ansiedades se resuelven con el tiempo, infrecuentemente alcanzando un nivel enfermedad clínica (Buist et al. 2003).

Involucramiento paterno

Los psicólogos dirigieron su atención al involucramiento paterno en la década de 1970, sin embargo, los enfoques utilizados en sus estudios presentaban limitaciones al examinar este fenómeno en términos de cantidad de tiempo que los padres pasaban con sus hijos, sin reconocer la calidad de la interacción. Además, involucraban la interacción directa, sin tener en cuenta las otras formas en las que los padres pueden hacer contribuciones importantes para el bienestar y el desarrollo de sus hijos, tales como el apoyo a sus familias económicamente o proporcionando apoyo emocional para las madres de los niños (Lamb, 2000; Lombardini, 2009). Con relación a esto, Stern (1995) argumentó que la relación padre-hijo consiste no sólo en un comportamiento interactivo observable, sino que también está modelado por representaciones internas que pueden ser vistas como ideas y expectativas que los padres y sus hijos tienen acerca de sus interacciones diarias, estando relacionadas con la calidad del comportamiento de los padres.

Por otro lado, Paquette (2004) halló que las madres y los padres parecen interactuar con sus hijos de manera complementaria, y es por ello que la investigación también pasó a centrarse en la relación del padre con sus hijos. Este autor agrega que, al interactuar o jugar con sus hijos, los padres parecen desempeñar un papel diferente al de las madres, siendo que estos generalmente prefieren actividades emocionantes y más a menudo desarrollan relaciones entretenidas y juguetonas con sus hijos, quienes también tienden a responder a los padres con más emoción que a sus madres. En la formación de la calidad de la relación padre-hijo, características individuales de los padres como la calidez, la crianza, y la cercanía son considerados como más importante que el género del padre (Tamis-LeMonda, Shannon, Cabrera & Lamb, 2004).

Cuando se comenzó a investigar la relación del padre con su hijo, se presentó la dificultad concerniente a que las definiciones implícitas de involucramiento de los padres a menudo variaban de un estudio a otro (Marsiglio et al., 2000; Palkovitz, 1997; Pleck, 2010; Pleck, 2012).

En 1997 Palkovitz identificó quince formas generales de involucramiento paterno (por ejemplo, hacer mandados, planificación, provisión, actividades compartidas, enseñanza, procesos de pensamiento directamente relacionados con los niños) y a su vez hizo hincapié en que el involucramiento paterno incluye múltiples dominios del funcionamiento: cognitivo, afectivo

y conductual. En su estudio explica que los componentes del comportamiento observable son los que usualmente se estudian, sin embargo, hay numerosos aspectos del involucramiento que ocupan la mente y requieren invertir energía emocional o afectiva, así como también una inversión del sí mismo, en formas que son menos observables (Palkovitz, 1997).

Al conceptualizar el involucramiento, Palkovitz (1997) planteó un conjunto de continuos: tiempo invertido, grado de involucramiento, observabilidad, saliencia, entre otros, ya que entendía que no se trataba de una variable dicotómica (padres involucrados o no involucrados) sino que varias dimensiones del involucramiento paterno pueden ser conceptualizadas como existentes a lo largo de una serie de continuos, que van desde el no involucramiento a través de niveles bajos y moderados hasta altos niveles de involucramiento. Es decir, que los padres varían en el grado en el cual están involucrados en diferentes aspectos de la paternidad (Palkovitz, 1997).

Otro aporte de Palkovitz (1997) a la definición del constructo es la identificación de malentendidos comunes sobre involucramiento. Uno de ellos radica en la concepción errónea de que cuanto más involucramiento mejor, y sugiere que es mejor el involucramiento apropiado o adecuado según el caso particular. Otro malentendido es la creencia de que el involucramiento requiere proximidad, y en realidad una persona que no está físicamente presente puede estar involucrada. La creencia de que el involucramiento siempre puede ser observado y contado también es un malentendido ya que los cambios en los niveles de involucramiento no siempre reflejan fluctuaciones observables de los niveles de involucramiento. A su vez, descarta que los niveles de involucramiento sean estáticos y, por tanto, concurrente y prospectivamente predictivos, es decir, no alcanza con medir un aspecto particular de cuán involucrada es la persona para tener una visión comprensiva de cuán involucrada es o será en el futuro. También califica como malentendido a la concepción de los patrones de involucramiento como similares en toda cultura, subcultura o clase social. Por último, indica que la creencia de que las mujeres están más involucradas con sus hijos que los hombres no es en sí válida sino que se sabe que los géneros están involucrados diferencialmente en diferentes aspectos del involucramiento en distintos grados (Palkovitz, 1997).

En conclusión, Palkovitz (1997) apoya la idea de que es necesario un involucramiento óptimo (no en términos de 'cuanto más mejor'), y esto ocurre cuando las madres y padres evalúan sus fortalezas y debilidades, las necesidades de desarrollo de la familia, y los recursos y déficits que individual y conjuntamente traen a la familia.

Por otro lado, Lamb et al. (1987) aplicaron el término involucramiento paterno a aquellas actividades que implicaron más directamente la participación conjunta entre padre e hijo, distinguiendo entre tres formas de involucramiento (a) Compromiso con la interacción: tiempo

dedicado en la interacción real de uno a uno con el niño; (b) Accesibilidad: Estas actividades implican la accesibilidad de los padres para el niño, en lugar de la interacción directa; y (c) Responsabilidad: responsabilidad última del bienestar y cuidado del niño (Marsiglio et al., 2000).

En su estudio, Pleck (2010) analiza estos componentes y explica que, en un principio, la conceptualización del compromiso giraba en torno al tiempo total que los padres estaban con sus hijos, pero algunos críticos propusieron ampliar radicalmente esta concepción y el compromiso pasó a ser definido como actividades de compromiso positivas, mientras que el involucramiento empezó a incluir los pensamientos, afectos, percepciones y creencias de los padres. En cuanto a la accesibilidad, esta se refiere a actividades que involucran supervisión y el potencial de interacción, y según Pleck (2010) es el componente menos estudiado. Por otro lado, la responsabilidad se define como la medida en que el padre asume la responsabilidad final del bienestar y cuidado del niño (Marsiglio et al., 2000). Tiene que ver con asegurar que el niño sea cuidado y que los recursos estén disponibles para él, y agrega la noción de responsabilidad como proceso y de cuidado indirecto (Pleck, 2010).

El cuidado indirecto según Pleck (2010) refiere a las actividades realizadas para el niño, pero que no involucran la interacción con el niño, e involucra el cuidado indirecto material (bienes y servicios para el niño) y el cuidado social indirecto (promoción de las conexiones comunitarias del niño). La responsabilidad como proceso implica tomar la iniciativa y monitorear el entorno para saber lo que se necesita (Pleck, 2010).

Teniendo en cuenta el análisis de cada componente, Pleck (2010) propone una conceptualización revisada del involucramiento paterno que incluye tres componentes primarios (1) actividades de participación positiva, interacción intensa con el niño que pueda promover el desarrollo (2) calidez y capacidad de respuesta/responsividad; y (3) control, particularmente monitoreo y toma de decisiones. Esta definición también incluye dos dominios auxiliares: (4) cuidado indirecto, actividades realizadas para el niño que no conllevan interacción, y se divide indirecto material (compra y organización de bienes y servicios para el niño) y cuidado social indirecto (fomento de las conexiones comunitarias con los compañeros y las instituciones); y (5) la responsabilidad como proceso, refiriéndose a la supervisión paterna de las necesidades de su hijo, asegurando que los cuatro primeros componentes del involucramiento se estén cumpliendo.

Sensibilidad paterna

La conceptualización del involucramiento paterno se centró en describir las actitudes de los padres hacia sus hijos recién nacidos (Lamb, 2000). Sin embargo, se considera que ya durante el embarazo los padres empiezan a formar lazos emocionales con el nonato, y su relación continúa luego del nacimiento del bebé (Perren, et al.2005). Es por ello que Nieri (2015) destinó sus investigaciones a elaborar el constructo de sensibilidad paterna para explicar de forma más exhaustiva lo que le sucede al padre durante la gestación, nacimiento y primeros días de vida de su hijo.

Nieri sostiene que el padre atraviesa por un proceso de transición psicoafectiva que empieza desde el embarazo hasta después del nacimiento. Este proceso es un estado de sensibilidad paterna que se compone por (1) conductas y reacciones paternas (2) identificación paterna (3) función paterna, e (4) historia paterna.

Según Nieri (2015), el componente de conductas y reacciones paternas refiere a los sentimientos en relación al nacimiento del hijo que se expresan como predisposición a participar durante el mismo. Dentro de esta dimensión se encuentran, por un lado (a) los sentimientos paternos: emociones expresadas por los padres en tres momentos, primeramente, ante la noticia de que iban a ser padres ya que el involucramiento desde el embarazo, las actitudes y los comportamientos del padre pueden afectar el desarrollo del vínculo emocional con su hijo por nacer (Carter, 2002). En segundo lugar, al ver la primera ecografía debido a que esta ayuda los hombres a sentir más real a su hijo, dando lugar al fortalecimiento del papel del padre durante el embarazo (Draper, 2002) y, por último, ante el nacimiento de su hijo que exige una adaptación a las nuevas funciones de ser padre (Priel & Besser, 2002). Por otro lado, (b) el involucramiento paterno: incluye la participación del padre y el hecho de presenciar y acompañar en la gestación y el nacimiento. El papel del padre en el momento del parto es fundamental y necesario tanto para la mujer como para el recién nacido debido a que ella necesita la seguridad que le aporta su apoyo y compañía, además, este primer contacto con el hijo favorecerá la creación de un vínculo temprano de apego (Parke, 1996). También incluye (c) el vínculo paterno: la relación intrauterina que tuvo el padre con su hijo durante el proceso de gestación en relación a la aceptación, preparación física y psicológica (imagen mental del niño). Schodt (1989) sostiene que existe un vínculo emocional entre los padres y sus hijos por nacer, en donde la percepción de los movimientos fetales permite a los padres expectantes la aceptación del embarazo. Por último, (d) las emociones paternas: entendidas como el impacto psicológico positivo o negativo que tuvieron los padres durante el periodo de gestación de su hijo. Tanto las emociones negativas como las ambivalentes pueden afectar el proceso de transición hacia la paternidad, debido a que las formas

en que se manifiesten dichas emociones interfieren en las conductas que asume el padre en relación a su pareja e hijo (Buist et al. 2003).

En segundo lugar, la identificación paterna se encuentra relacionada con la representación que el padre se hace del hijo nonato en relación con la preocupación en torno a la salud física y psíquica de éste. Tiene que ver con la identificación del padre con su hijo durante el embarazo, parto y nacimiento (Nieri, 2015).

En tercer lugar, la función paterna implica el rol activo en la crianza, no sólo ser proveedor económico sino también cuidador. Es la predisposición paterna en relación a sus roles y funciones (Nieri, 2015). En la actualidad, un buen padre es aquél que es proveedor, protector y cuidador junto con la madre (Lamb, 2000).

Por último, la historia paterna tiene que ver con el modo en que la historia del padre como hijo influye en el vínculo con su hijo (Nieri, 2015). Durante la transición a la paternidad, las propias experiencias de los padres con sus familias de origen pueden influir en los modelos o las representaciones mentales del funcionamiento de la familia a nivel consciente e inconsciente; lo cual influye en el tipo de vínculo que el padre establezca con su hijo (Cohen & Finzi-Dottan, 2005).

Este estado de sensibilidad puede verse afectado por la situación de pareja, su historia personal, su estructura de personalidad, la situación presente, las características del bebé y sus vínculos pasados y presentes (Nieri, 2012).

Según Nieri (2015) los padres en la actualidad son sensibles, están dispuestos a involucrarse en la crianza de sus hijos, interactuando, siendo accesibles y responsables, y acompañando a su pareja. La autora concluye que un padre que refiere vivir el embarazo de manera positiva, que le habla a su hijo durante el embarazo y que está dispuesto a cuidar a su familia, estará más involucrado en las necesidades y cuidado del bebé y su familia, manifestará emociones positivas y establecerá un vínculo emocional con su hijo desde el comienzo de la gestación; a diferencia de un padre que vivenció el embarazo de manera negativa, que no mantuvo vínculo con su hijo durante la gestación y cuyo rol se relaciona con el de ser proveedor económico (Nieri, 2015). A su vez, un padre que tiene recuerdos positivos de su infancia y que imaginaron y/o soñaron durante el embarazo acerca de cómo será el futuro bebé, tiene identificaciones positivas con su familia de origen y están más involucrados con sus hijos, que los padres que manifestaron tener recuerdos negativos y que, a su vez, no imaginaron y/o soñaron nada en relación a su hijo (Nieri, 2015). En relación con la identificación paterna, Cupa y Riazuelo (2001) encontraron que los padres suelen tener preferencia por los hijos varones. Esto manifiesta el deseo del padre de que su hijo sea su sucesor, es decir, que transmita el nombre y el mandato transgeneracional (Olavarría, 2001; Fuller, 2000).

En síntesis, el hombre pasa por un proceso psicoafectivo al momento de convertirse en padre cuyo atravesamiento va a depender de su historia personal y las vivencias que tenga con su hijo nonato o recién nacido, que se reflejará en el modo de proceder con su hijo y su pareja, consolidando la asunción del rol de padre (Nieri, 2015).

Teorías generales del estrés

Lazarus (1993) explica que el término *estrés* se ha utilizado con frecuencia durante la historia, pero fue la concepción que le dio el físico Robert Hooke para explicar cómo las estructuras artificiales debían estar diseñadas para soportar cargas pesadas y resistir adversidades la que inspiró la idea de estrés que sobrevive en los tiempos modernos como carga o demanda externa sobre un sistema biológico, social o psicológico.

Después de la Segunda Guerra Mundial, muchas situaciones de la vida cotidiana lograban producir efectos comparables a los del combate, ocasionando un creciente interés en el estrés como una causa de la angustia y disfunción humana (Lazarus, 1993). El modelo dominante, paralelo al análisis de Hooke, fue básicamente el de entrada (carga o demanda) y de salida (tensión, desmoronamiento), sin embargo, este modelo resultó ser insuficiente. En 1952, Lazarus, Deese y Osler llegaron a la conclusión de que para comprender lo que estaba sucediendo debían tener en cuenta las diferencias individuales en las variables motivacionales y cognitivas, que intervienen entre el estresor y la reacción, comenzando a alejarse de los modelos de estímulo-respuesta a modelos de estímulo-organismo-respuesta.

Ha habido dos influyentes expansiones cualitativas del concepto de estrés, por un lado, la distinción de Selye (1974) entre eustress y distress, siendo el primero un buen tipo de estrés asociado con sentimientos positivos y estados corporales saludables; y el distress asociado con sentimientos negativos y estados corporales perturbados. Por otro lado, Lazarus (1966) aportó la distinción entre tres tipos de estrés: daño, amenaza y desafío. Daño se refiere al daño psicológico que ya se ha hecho; la amenaza es la anticipación del daño que aún no ha ocurrido pero que puede ser inminente; y el desafío es el resultado de demandas difíciles que nos sentimos seguros de superar mediante la movilización y despliegue efectivo de nuestros recursos de afrontamiento (Lazarus & Folkman, 1984). Con estos hallazgos de Lazarus ocurre una redefinición metodológica y conceptual del constructo de estrés al añadirse la noción de "evaluación" individual. Se empieza a considerar la importancia de las evaluaciones cognitivas de un individuo sobre el impacto de los sucesos vitales (Lazarus & Folkman, 1984).

Lazarus (1993) define al concepto de evaluación como un proceso que media entre, por un lado, las demandas, las limitaciones y los recursos del medio ambiente y, por otro, la jerarquía

de objetivos y las creencias personales del individuo. Concluye que deben considerarse cuatro conceptos para explicar el estrés: 1) un agente causal externo o interno 2) una evaluación (por una mente o un sistema fisiológico) que distingue lo que es amenazante o nocivo de lo que es benigno; 3) los procesos de afrontamiento utilizados por la mente (o el cuerpo) para hacer frente a las demandas estresantes; y 4) un patrón complejo de efectos sobre la mente y el cuerpo, a menudo denominado la reacción de estrés.

Por otro lado, Holmes y Rahe (1967) conceptualizaron el estrés como una experiencia importante de cambio vital y aportaron evidencias conectando esta experiencia con enfermedades físicas y un funcionamiento psicológico más pobre. Rabkin y Streuning (1976) cuestionaron la validez de la relación entre el estrés ocasionado por sucesos vitales y las consecuencias físicas, aunque encontraron que la predicción era mayor entre el estrés por sucesos vitales y el estado psicológico posterior.

La intensidad percibida del suceso vital se convirtió en un aspecto crítico del paradigma conceptual y de medición, y este énfasis aún está presente en los contextos actuales del estrés parental (Deater-Deckard, 1998). Con respecto a esto, Abidin (1992) señala que el estrés parental es el resultado de las evaluaciones hechas por cada padre respecto a su compromiso general con su rol. Deater-Deckard (1998) afirma que la experiencia real de los padres y la evaluación subjetiva de los sucesos pueden ser claves para sus respuestas a las necesidades de sus hijos y para las variaciones en el surgimiento de la relación padre-hijo.

Otro cambio importante en la investigación del estrés involucró el pasaje de un enfoque exclusivo en los sucesos vitales importantes para incluir la experiencia de problemas menores diarios como un generador de estrés relevante. Kanner, Coyne, Schaefer y Lazarus (1981) concluyeron que la evaluación de los problemas cotidianos era un mejor predictor de síntomas psicológicos concurrentes y posteriores que el enfoque de los sucesos vitales importantes. En concordancia con estos hallazgos, Abidin (1992) sugiere que la combinación de múltiples estresores menores tiene un efecto más adverso en el sistema padre-hijo que un solo estresor mayor. Crnic y Greenberg (1990) encontraron que tanto los sucesos vitales como los problemas diarios de los padres eran estresores poderosos. Deater-Deckard y Scarr (1996) reportaron correlaciones significativas entre los sucesos de la vida y el estrés parental pero no investigaron los problemas cotidianos.

Teóricamente, los problemas diarios han sido conceptualizados como las demandas irritantes, frustrantes, molestas y angustiosas que caracterizan en cierto grado las transacciones cotidianas con el medio ambiente (Kanner et al., 1981). Algunos problemas surgen en una situación determinada y son poco frecuentes, mientras que otros pueden repetirse porque el

individuo permanece en el mismo contexto con demandas reiterativas y predecibles. Es este último punto el que capta mejor la naturaleza de los problemas o estresores menores que se relacionan con la crianza de los hijos (Crnic & Greenberg, 1990), ya que las características parentales, el comportamiento de los niños y los procesos de desarrollo crean situaciones que cuestionan o interfieren con las responsabilidades y necesidades de los padres.

Esto indica que, a pesar de que hay muchas experiencias cotidianas con los niños que son una fuente de alegría o placer y proporcionan a los padres un sentido de competencia y confianza, también es cierto que los comportamientos infantiles y las tareas cotidianas de la paternidad pueden a veces confundir, frustrar e irritar y, por lo tanto, crear situaciones que pueden ser fácilmente percibidas como estresantes por los padres (Crnic & Low, 2002). Debe tenerse en cuenta que no todos los padres perciben estos eventos como estresantes o con la misma intensidad ya que las características de la personalidad, la calidad del matrimonio, el apoyo social disponible y las creencias de los padres influyen en el grado en que se sienten estresados y en la manera de responder a estos eventos cotidianos (Deater-Deckard, 1998). Sin embargo, los problemas diarios de los padres son comunes y son compartidos por las familias, por eso son importantes para comprender los aspectos cualitativos de los procesos parentales, como la responsividad, la sensibilidad paterna y las interacciones afectivas (Crnic & Low, 2002).

Crnic y Low (2002) sostienen que el estrés ha desempeñado durante mucho tiempo un papel integral en la comprensión de los procesos parentales y las familias en general. Según estos autores, el estrés implica una respuesta emocional y comportamental en un individuo ante algún evento desagradable que conlleva un nivel de angustia que afecta adversamente el comportamiento y el funcionamiento subsiguientes.

Teorías de estrés parental

El nacimiento del primer bebé es uno de los eventos que más influencia ejerce sobre la dinámica de la pareja debido a que deben enfrentar varios cambios que afectan notablemente a diferentes áreas de su vida, y pueden experimentar altos niveles de estrés en el proceso de adaptación a este nuevo papel. Como consecuencia de estos niveles de estrés, la transición a la paternidad puede tornarse difícil, pueden surgir problemas psicológicos en diferentes niveles: en la esfera individual, con la pareja y en la relación con el bebé (Berry & Jones, 1995, en Oronoz et al., 2007).

Se ha considerado que el estrés es específico del rol, y el estrés parental sería por lo tanto cualitativamente distinto del estrés en otros dominios como las molestias en la vida adulta o la tensión en el trabajo (Creasey & Reese, 1996). Es por ello que el estrés que experimentan los

padres es llamado estrés parental, y se encuentra relacionado con el rol de ser padre y la influencia de las expectativas y percepciones de las características del niño, las características de los padres y la calidad de la interacción con los hijos que se configuran como una constelación de factores bio-psico-sociales que distorsionan la respuesta de adaptación a los factores estresantes y predisponen al sujeto a una alta vulnerabilidad socio-relacional y psicológica (Epifanio et al., 2015). Este constructo se centra en los niveles de estrés generados específicamente por el rol parental, es decir, aquello que los padres experimentan como resultado de criar a sus hijos (Oronoz et al., 2007). Abidin (1990) define al estrés parental como un tipo específico de estrés percibido por los padres que surge de las demandas derivadas de ser padre. Ostberg y Hagekull (2007) agregan a esa conceptualización la noción de conflicto entre los recursos de los padres percibidos como insuficientes y las demandas relacionadas con el papel de ser padres.

Deater-Deckard (1998) propuso una conceptualización del estrés parental con cuatro componentes principales: 1) Un niño y/o el rol de los padres sirve como agente causal externo para la experiencia de estrés 2) Los padres deben evaluar el comportamiento del niño o los eventos de la crianza como estresantes 3) El afrontamiento de los padres interactúa con el estrés para determinar el grado de efecto del estrés 4) El estrés parental tiene consecuencias significativas para el bienestar de los padres y del niño. Dentro de este marco, el estrés parental es conceptualizado como una respuesta psicológica aversiva a las exigencias y demandas de ser padre que suele expresarse como sentimientos negativos hacia sí mismo y hacia el niño (Deater-Deckard, 1998)

Crnic y Low (2002) explican que hay una variedad de factores que pueden contribuir a la experiencia de estrés cotidiano de los padres con sus hijos, y pueden ser agrupados en tres categorías principales: 1) factores parentales: incluye el funcionamiento prenatal en términos de niveles de estrés durante el embarazo, la historia familiar y la vulnerabilidad al estrés; atributos de personalidad; estado de ánimo parental; y las creencias en relación con el desarrollo del niño y la crianza de los hijos 2) factores del niño: características individuales importantes del niño tales como temperamento, género, y comportamiento 3) factores del sistema familiar: impacto de la relación matrimonial y el proceso de co-parentalidad, así como complejas relaciones familiares y de hermanos que varían con el número de niños en el hogar (Deater-Deckard, 1998). Noppe, Noppe y Hughes (1991) explican que los factores de estrés prenatal son exitosos en predecir las interacciones padre-hijo.

Es importante destacar que las circunstancias desafiantes y las experiencias cotidianas de la crianza de los hijos en particular, también pueden proporcionar oportunidades para un

crecimiento positivo en las relaciones padre-hijo. Diversas investigaciones sugieren que el estrés leve puede ser adaptativo porque mantiene un nivel óptimo de excitación y estimula el crecimiento personal (Cohen, 1992). De hecho, Abidin (1992) ha sugerido que el estrés parental puede tener una función facilitadora, pero sólo hasta cierto punto, y señaló que muchos padres afrontan adecuadamente el comportamiento a menudo difícil o desafiante de sus hijos.

Una cuestión relevante acerca del estrés parental destacada por Crnic y Low (2002) es que el estrés cotidiano impacta directamente en el bienestar psicológico de los padres, sus actitudes y creencias, y sus comportamientos hacia sus hijos, pero los efectos del estrés parental sobre el comportamiento y el bienestar de los niños parecen ser más indirectos. Es decir, no es el estrés en sí mismo que afecta al niño, sino que el estrés afecta la calidad de la crianza y el funcionamiento del sistema familiar, lo que a su vez influye en la calidad del funcionamiento y desarrollo del niño en la esfera social, afectiva y cognitiva. Es decir, que las familias más problemáticas pueden crear condiciones estresantes, en lugar de que el estrés cree el funcionamiento problemático (Crnic & Low, 2002).

En la conceptualización de Berry y Jones (1995) la transición a la paternidad se convierte en un período complicado en el que los cambios y las redefiniciones tienen lugar en la vida de los hombres y de las mujeres para adaptarse al nuevo rol de ser padre o madre. En este proceso de adaptación, los miembros de la pareja pueden experimentar tanto aspectos negativos como positivos de la paternidad (Fawcett, 1988), como una combinación de pros y contras que acompañan esa transición. Las recompensas por el bebé tienen relación con la satisfacción que las madres y padres encuentran en el rol parental, mientras que los estresores por el bebé apuntan a los niveles de estrés que los padres encuentran en este nuevo rol.

Es relevante apuntar a la detección temprana de los síntomas de estrés parental ya que en diversos estudios se señaló que la expresión emocional del estrés general se caracteriza por la ansiedad y la depresión (Lazarus, 1993; Lovibond & Lovibond, 1995) y puede ayudar a prevenir consecuencias más graves en términos de la salud psicológica de los padres (Windle & Dumenci, 1997), de la relación de pareja (Lavee, Sharlin & Katz, 1996), y del bienestar del bebé (Benzies, Harrison, & Magill-Evans, 2004). McCubbin y Patterson (1983) sugirieron que el estrés parental diario puede hacer que la relación padre-hijo se vuelva más problemáticas y contribuir al desarrollo de la psicopatología en los niños. El estrés parental influye en la atmósfera familiar y es un factor determinante de la paternidad disfuncional (Östberg & Hagekull, 2000).

Metodología

Diseño

En función de los objetivos propuestos, el estudio tendrá un enfoque cuantitativo y su diseño será no experimental de corte transversal y de tipo correlacional.

Participantes

Se recolectó una muestra no probabilística de sujetos voluntarios en la que participaron 110 adultos hombres que tenían en promedio 32,76 años ($SD=6,493$), cuyas parejas tenían una media de edad de 31,29 años ($SD=5,9$). El criterio para ser incluidos en la muestra fue que los padres tuviesen entre 18 y 40 años de edad con hijos menores de 2 años, que comprendieran el idioma castellano, que supiesen leer y escribir y que residieran en Buenos Aires, Argentina. Dentro de los criterios de exclusión se encuentran aquellos padres cuyos bebés tienen alguna enfermedad de tipo genética y/o hereditaria.

Con respecto a la situación laboral, el 98,2% ($n=108$) de los padres trabajan actualmente y el 1,8% ($n=2$) restante se encuentran desempleados. A su vez, reportaron la situación laboral de sus parejas indicando que el 62,7% trabajaban ($n=69$) mientras que el 37,3% se encontraban desempleadas ($n=41$). En cuanto a la clase social, el 76,4% de los padres de la muestra pertenece a la clase media ($n=84$), el 12,7% a clase media-baja ($n=14$), el 9,1% a clase media-alta ($n=10$) y el 1,8% restante a clase baja ($n=2$).

Con respecto al nivel educativo, el 30,9% refería tener estudios superiores completos ($n=34$) y el 25,5% manifestaron tener estudios superiores incompletos ($n=28$). Con relación a los estudios terciarios, el 15,5% refirieron tener terciario completo ($n=17$), y el 1,8% no lo había completado ($n=2$). El 12,7% tenía el secundario completo ($n=14$) mientras que el 9,1% no lo había finalizado ($n=10$). Sólo el 2,7% refirió tener estudios primarios completos como mayor grado de estudios alcanzados ($n=3$), y sólo dos personas manifestaron no haberlo terminado.

Con relación a la situación de pareja, el 92,7% ($n=102$) se encontraba en pareja y el 7,3% ($n=8$) estaban separados. En cuanto a la cantidad de hijos, el 63,6% ($n=70$) fueron padres por primera vez, el 36,4% ($n=40$) tenían dos hijos o más.

Con relación al bebé, la edad promedio era de 11,06 meses ($SD=7,6$) y se crearon tres rangos etarios, a saber, 0-1 meses ($n=12$; 10,9%); 2-12 meses ($n=54$; 49,1%); y 13-24 meses ($n=44$; 40%). En cuanto al sexo, el 60% ($n=66$) eran varones y el 40% ($n=44$) eran mujeres. La mayoría nació por cesárea (50%; $n=55$) o por parto natural (44,5%; $n=49$) y el resto (5,5%; $n=6$) refirieron haber atravesado un parto difícil. Con respecto a la planificación del embarazo, el 67,3%

(n=74) manifestaron haber planificado el embarazo, mientras que el 28,2% (n=32) no lo había planificado y el 4,5% restante (n=5) no contestaron a la pregunta.

La mayoría de los participantes residían en la Ciudad de Buenos Aires (21,8%; n=35) y el conurbano bonaerense (62,7%; n=69), y un 5,5% (n= 6) vivían en el interior de la Provincia de Buenos Aires. Con relación a la nacionalidad, la mayoría eran argentinos (99,1%; n=99) y el resto (0,9%; n=1) eran de otra nacionalidad.

Instrumentos

Cuestionario sociodemográfico: se les solicitó a los participantes una serie de datos relacionados al sexo y edad del bebé, tipo de parto y planificación del embarazo. Además, se les solicitaron datos demográficos (ver Anexo).

Cuestionario de sensibilidad paterna (Nieri, 2015): Esta técnica evalúa los sentimientos, conductas y reacciones paternas en relación a la llegada de su hijo. Se constituye por 12 preguntas que forman dos dimensiones: Reacciones, conductas y sentimientos paternos e Historia e identificación paterna. También arroja un puntaje total (Escala total). Los ítems pueden responderse en una escala de formato Likert de 3 puntos. A mayor puntaje mayor sensibilidad del padre. La fiabilidad del CSP fue de .83 para reacciones, conductas y sentimientos paternos; de .64 para historia e identificación paterna y de .85 para la puntuación total del cuestionario.

Escala de estrés parental (Berry & Jones, 1995) adaptada al español por Oronoz et al. (2007): Esta escala evalúa el nivel de estrés que viven los progenitores ante su rol como padres, mediante 12 frases que deben puntuar en una escala tipo Likert del 1 (*muy en desacuerdo*) al 5 (*muy de acuerdo*). El puntaje total de la escala se obtiene sumando las puntuaciones de los 12 ítems, después de haber invertido los ítems: 1, 3, 4, 12. Está compuesta por dos factores: Estresores y Recompensas por el bebé. La fiabilidad del EEP fue de .70 para la escala total, con un alfa de Cronbach de .81 para la dimensión Estresores por el bebé, y de .70 para la dimensión Recompensas por el bebé. A mayor puntaje, mayores niveles de estrés parental.

Procedimientos

Se contactó a los participantes mediante instituciones donde concurrían padres de niños de 0 a 2 años, y a través de redes sociales. Participaron de forma voluntaria, anónima y no se les retribuyó económicamente. En primer lugar, se les explicó el propósito de la investigación y se procedió a la firma del consentimiento informado para tener constancia de su autorización a formar parte del estudio. Luego, se le administraron los cuestionarios y escalas.

La carga de los datos y el análisis de los mismos se efectuaron utilizando el programa procesador SPSS.

Estrés parental y sensibilidad paterna en la etapa perinatal
Ailén Magalí González-Licenciatura en Psicología

En primer lugar, se realizaron análisis de correlación bivariada de Pearson para investigar si existía relación entre estrés parental y sensibilidad paterna en los primeros dos años de vida de su hijo (Objetivo general). En segundo lugar, se realizaron análisis descriptivos de las variables para responder a los dos primeros objetivos específicos. Por último, se utilizaron pruebas t de Student y Análisis de la Varianza (ANOVA) para analizar si existían diferencias estadísticamente significativas según las variables sociodemográficas en las variables de estudio (Objetivos específicos 3 y 4).

Resultados

Estadísticos descriptivos

La muestra de padres de bebés menores a dos años ($n=110$) ha reportado una media de 28.44 ($SD=3.426$) en relación a los niveles totales de sensibilidad paterna. En la tabla 1 se presentan los resultados de medias, desvíos, valores máximos y mínimos para el puntaje total del cuestionario y para las dimensiones de Reacciones, conductas y sentimientos paternos e Historia e identificación paterna que lo componen.

Tabla 1. *Niveles de Sensibilidad Paterna*

	N	Mínimo	Máximo	Media	Desvío típico
Puntaje Total CSP	110	16	34	28.44	3.426
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	110	10	24	18.63	2.559
Historia e identificación paterna	110	4	12	9.81	1.606

Por otro lado, en la escala de estrés parental, los padres obtuvieron una media de 27.04 ($SD=6.046$) en el puntaje total de la escala, informando un promedio de 16.75 para la dimensión de Estresores por el bebé ($SD=5.640$) y de 10.3 en Recompensas por el bebé ($SD=2.710$).

Tabla 2. *Niveles de Estrés Parental*

	N	Mínimo	Máximo	Media	Desvío típico
Puntaje total EEP	110	16	49	27.05	6.025
Estresores	110	7	33	16.75	5.648
Recompensas	110	5	24	10.3	2.697

Correlaciones entre CSP y EEP

Para dar respuesta al objetivo general de este estudio, se analizó si existe relación entre los niveles de Sensibilidad Paterna y de Estrés parental en padres de bebés menores a dos años aplicando correlaciones bivariadas de Pearson.

Los resultados obtenidos señalan que existe una relación negativa estadísticamente significativa entre la sensibilidad paterna y el estrés parental ($r = -.417$; $p < .01$). Es decir, los padres con mayor sensibilidad paterna tienden a presentar menores niveles de estrés parental, e inversamente, aquellos con mayores niveles de estrés parental suelen ser menos sensibles hacia sus hijos (ver Tabla 3). Teniendo en cuenta los criterios de Cohen (1992), esta correlación presenta un tamaño del efecto de moderado ($r \geq .30$) a amplio ($r \geq .50$).

Asimismo, se realizaron análisis para determinar si existe una asociación entre las dimensiones de ambas escalas, a saber: Reacciones, conductas y sentimientos paternos e Historia e identificación paterna del Cuestionario de Sensibilidad Paterna; y Estresores y Recompensas de la Escala de Estrés Parental, se realizaron correlaciones bivariadas de Pearson.

Los resultados señalan que existe una relación negativa significativa entre la dimensión de Reacciones, conductas y sentimientos paternos y Estresores por el bebé ($r = -.353$; $p < .01$). Tomando los criterios de Cohen (1992), la correlación entre ambas dimensiones presenta un tamaño del efecto que va de moderado ($r \geq .30$) a amplio ($r \geq .50$). Esto significa que los padres que se involucran tanto física como emocionalmente con su hijo presentan menores estresores asociados con la crianza del bebé.

La dimensión Historia e identificación paterna correlaciona negativamente con las recompensas por el bebé ($r = -.224$; $p < .05$). Tomando los criterios de Cohen (1992), la correlación entre ambas dimensiones presenta un tamaño del efecto que va de bajo ($r \geq .10$) a moderado ($r \geq .30$), lo que significa que los padres que tienen un recuerdo positivo de su infancia y tienen identificaciones positivas con su familia de origen perciben menos recompensas por el bebé.

Por el contrario, no se hallaron correlaciones entre Recompensas por el bebé y la dimensión de Reacciones, conductas y sentimientos paternos ($r = -.156$; $p = .103$) como tampoco entre Historia e Identificación paterna y Estresores por el bebé ($r = -.161$; $p = .092$)

Tabla 3. *Correlaciones entre CSP y EEP, y sus factores*

	Recompensas	Estresores	Estrés parental total
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	-.156	-.353**	-,401**
Historia e identificación paterna	-,224*	-.161	-.251**
Sensibilidad paterna total	-,222*	-.339**	-,417**

* $p < .05$

** $p < .01$

Diferencias en la sensibilidad paterna según variables sociodemográficas

Con el objetivo de analizar si existen diferencias significativas en la sensibilidad paterna según las variables sociodemográficas, se llevaron a cabo Análisis de la Varianza (ANOVA) y *prueba t* de Student para determinar si existen diferencias en la sensibilidad paterna según las variables sociodemográficas.

En primer lugar, se examinaron las diferencias individuales según la clase social, para lo cual se crearon tres grupos: grupo 1: clase alta, grupo 2: clase media, y grupo 3: clase baja. Se realizó un Análisis de la Varianza de una dirección (ANOVA *One Way*) con contraste *post hoc* Tukey cuyos resultados se vuelcan en la tabla 4.

Se encontraron diferencias en ambas dimensiones y la escala total (Reacciones, conductas y sentimientos: $F=3.508$, $gl=3$; $p<.05$; Historia e identificación paterna: $F=3.921$, $gl=3$; $p<.05$; y escala total: $F=5.491$, $gl=3$; $p<.05$) donde el grupo de clase media obtuvo el promedio más alto, seguido por el grupo de clase baja, obteniendo la media más baja el grupo de clase alta. Sin embargo, en las comparaciones *post hoc* sólo hubo diferencias significativas en el nivel de escala total y la dimensión Historia e identificación paterna a favor del grupo 2 con respecto al grupo 1 ($p<.05$). Los padres de clase media tienden a mostrar mayor sensibilidad hacia sus hijos que los padres de clase alta, de igual manera tienden a identificarse positivamente con su familia de origen y con sus hijos.

Tabla 4. *Diferencias en la sensibilidad paterna según clase social*

	Grupo 1 N= 10 (a)	Grupo 2 N= 84 (b)	Grupo 3 N= 16 (c)	ANOVA <i>F</i> (3,107)	Tukey- <i>b</i>
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	17.3 (2.71)	18.98 (2.26)	17.63 (3.462)	3.508*	(a) y (b)
Historia e identificación paterna	8.7 (1.889)	10.02 (1.397)	9.38 (2.125)	3.921*	(a) y (b)
Escala total	26 (4)	29 (2.986)	27 (4.290)	5,491*	(a) y (b)

* $p < .05$

En segundo lugar, se analizaron las diferencias individuales según la situación de pareja, dividiendo la muestra en dos grupos: grupo 1: padres que estaban solteros, y grupo 2: padres que estaban en pareja. Para ello se realizó una prueba *t* para muestras independientes.

En la tabla 5 se puede observar que se encontraron diferencias estadísticamente significativas únicamente en la dimensión Historia e Identificación paterna ($t(108) = -2.951$; $p=.004$), lo cual indica que los padres que están en pareja tienden a tener recuerdos positivos de su familia de origen y a identificarse con su hijo.

Tabla 5. *Diferencias en la sensibilidad paterna según situación de pareja*

	Solteros N= 8	En pareja N= 102	Prueba t
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	18 (3.117)	18.68 (2.522)	-.718ns
Historia e identificación paterna	8.25 (2.605)	9.93 (1.451)	-2.951**
Escala total	26.25 (4.892)	28.61 (3.255)	-1.897ns

* $p < .01$

En tercer lugar, se analizó si existían diferencias en los niveles de sensibilidad según el sexo del hijo. Los resultados en la tabla 6 indican que solo se hallaron diferencias estadísticamente significativas en la dimensión Historia e identificación paterna ($t(108) = 2.041$; $p=.044$). Esto significa que los padres tienden a identificarse más fuertemente con sus hijos varones y tienden a recordar positivamente su infancia.

Tabla 6. *Diferencias en la sensibilidad paterna según sexo del bebé.*

	Sexo Femenino N= 44	Sexo Masculino N= 66	Prueba t
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	18.5 (2.226)	18.71 (2.772)	.424ns
Historia e identificación paterna	9.43 (1.717)	10.06 (1.487)	2.041*
Escala total	27.93 (3.274)	28.77 (3.507)	1.265ns

* $p < .05$

En cuarto lugar, se examinó si existían diferencias individuales en cuanto a la sensibilidad de los padres según la situación laboral del padre. Para ello, se utilizó la *prueba t* para muestras independientes, cuyos resultados demuestran que no hay diferencias en las dimensiones y la escala total del CSP (Reacciones, conductas y sentimientos: $t = .348$, $gl:108$; $p = .728$; Historia e identificación paterna: $t = -.189$, $gl:108$; $p = .866$; y escala total $t = .181$, $gl:108$; $p = .857$) entre los grupos de padres que trabajaban y los que estaban desempleados (ver Anexo).

En quinto lugar, se analizaron las diferencias según la edad del padre, la cual se dividió en tres grupos tomando la clasificación de Griffa y Moreno (2005), grupo 1: 18-25 años (Juventud/segunda adolescencia); grupo 2: 26-30 años (Adulthood temprana); y grupo 3: 31-50 (Adulthood media). Para realizar este análisis se llevó a cabo un Análisis de la Varianza (ANOVA) con contraste *post hoc* Tukey. No se obtuvieron diferencias en las dimensiones y la escala total (Reacciones, conductas y sentimientos: $F=.604$, $gl=2$; $p=.548$; Historia e identificación paterna: $F=1.230$, $gl=2$; $p=.297$; y escala total: $F=.008$, $gl=2$; $p=.992$) entre los distintos rangos etarios (ver Anexo).

En sexto lugar, se comparó el nivel de educación del padre con las dimensiones del cuestionario y la escala total. Se dividió la muestra en tres niveles de estudios: nivel 1: estudios primarios y secundarios, nivel 2: estudios terciarios y universitarios, nivel 3: estudios superiores. Se aplicó un Análisis de la Varianza (ANOVA) con contraste *post hoc* Tukey. Se encontró que no existen diferencias entre las dimensiones y la escala total (Reacciones, conductas y sentimientos: $F=.129$, $gl=2$; $p=.879$; Historia e identificación paterna: $F=1.478$, $gl=2$; $p=.233$; y escala total: $F=.444$, $gl=2$; $p=.642$) según el nivel educativo alcanzado por el padre (ver Anexo).

En séptimo lugar, se comparó las dos dimensiones y la escala total con la cantidad de hijos. Se dividió la muestra en dos grupos: grupo 1: padres con un solo hijo, y grupo 2: padres con dos o más hijos. Para determinar si existían diferencias se realizó una prueba *t* de Student para muestras independientes. No se hallaron diferencias en la sensibilidad paterna (Reacciones, conductas y sentimientos: $t=.393$, $gl:108$; $p=.695$; Historia e identificación paterna: $t=-.447$, $gl:108$; $p=.656$; y escala total $t=.084$, $gl:108$; $p=.933$) según la cantidad de hijos (ver Anexo).

En octavo lugar, se examinó si existían diferencias individuales en cuanto a la sensibilidad hacia su hijo según si el embarazo había sido planificado o no. Para ello, se utilizó la prueba *t* para muestras independientes. Los resultados demuestran que no existen diferencias en cuanto a la sensibilidad paterna (Reacciones, conductas y sentimientos: $t=1.654$, $gl:104$; $p=.101$; Historia e identificación paterna: $t=.205$, $gl:104$; $p=.838$; y escala total $t=1.330$, $gl:104$; $p=.186$) entre los padres que reportaron haber planificado el embarazo y aquellos que no lo hicieron (ver Anexo).

En noveno lugar, se examinó si existían diferencias individuales en cuanto a la sensibilidad paterna según la edad del bebé. Para ello se dividió la muestra en tres rangos etarios: grupo 1: menores de un mes de vida, grupo 2: 2-12 meses, grupo 3: 13-24 meses. Se aplicó un Análisis de la Varianza (ANOVA) y los resultados indican que no hay diferencias en las medidas de sensibilidad paterna (Reacciones, conductas y sentimientos: $F=.025$, $gl=2$; $p=.975$; Historia e

identificación paterna: $F=.053$, $gl=2$; $p=.948$; y escala total: $F=.044$, $gl=2$; $p=.957$) teniendo en cuenta la edad del bebé (ver Anexo).

Finalmente, se comparó las dos dimensiones y la escala total del cuestionario y el tipo de parto. Para esto, se conformaron dos grupos: grupo 1: parto normal, y grupo 2: parto por cesárea. Para conocer si existían diferencias se utilizó una *prueba t* para muestras independientes. El análisis muestra que no existen diferencias entre las dimensiones del cuestionario (Reacciones, conductas y sentimientos: $t=.618$, $gl:108$; $p=.538$; Historia e identificación paterna: $t=-.793$, $gl:108$; $p=.430$; y escala total $t=.090$, $gl:108$; $p=.928$) según el tipo de parto (ver Anexo).

Diferencias en el estrés parental según variables sociodemográficas

Siguiendo con los objetivos específicos, se realizaron pruebas para determinar si existen diferencias en el estrés parental según distintas variables sociodemográficas.

En primer lugar, se realizó un Análisis de la Varianza (ANOVA) con contraste *post hoc* Tukey para analizar si existían diferencias individuales según la clase social, para lo cual se mantienen los cuatro grupos utilizados anteriormente: grupo 1: clase alta, grupo 2: clase media, y grupo 3: clase baja.

Se hallaron diferencias estadísticamente significativas en ambas dimensiones y la escala total (Estrés: $F=8.773$, $gl=2$; $p<.01$; Recompensas: $F=3.191$, $gl=2$; $p<.05$; y escala total: $F=8.883$, $gl=2$; $p<.01$), tal como se expone en la tabla 14. En las comparaciones *post hoc* se observó que, a mayor clase social, mayores niveles de estrés general y de estresores por el bebé. Además, se observó que los padres de clase baja experimentan mayores recompensas por tener un hijo que los padres de clase media.

Podría pensarse que los padres de clase alta tienden a padecer mayores niveles de estrés relacionado con la crianza de sus hijos, y perciben más estresores provenientes del hecho de tener un hijo con respecto a las clases media y baja; y que la clase baja suele percibir mayores recompensas por el bebé con respecto a la clase media.

Tabla 7. *Diferencias en el estrés parental según clase social*

	Grupo 1 N= 10 (a)	Grupo 2 N= 84 (b)	Grupo 3 N= 16 (c)	ANOVA	Tukey-b
	Media (SD)	Media (SD)	Media (SD)	F (2,107)	
Estresores	23.10 (5.820)	16.39 (5.451)	14.56 (3.705)	8.773**	(a)>(b)>(c)
Recompensas	11.1 (2.470)	9.95 (2.759)	11.73 (2.052)	3.191*	(b) y (c)
Escala total	34.2 (7.269)	26.36 (5.635)	26.19 (4.339)	8.883**	(a)>(b)>(c)

* $p < .05$

** $p < .01$

Estrés parental y sensibilidad paterna en la etapa perinatal
Ailén Magalí González-Licenciatura en Psicología

En segundo lugar, se analizaron las diferencias según la edad del padre, la cual se dividió en tres grupos tomando la clasificación de Griffa y Moreno (2005), grupo 1: 18-25 años (Juventud/segunda adolescencia); grupo 2: 26-30 años (Adulthood temprana); y grupo 3: 31-50 (Adulthood media). Para realizar este análisis se llevó a cabo un Análisis de la Varianza (ANOVA) con contraste *post hoc* Tukey.

En la tabla 15 se puede observar que se obtuvieron diferencias en la dimensión Estresores por el bebé ($F(2,107) = 3.877$; $p = .05$) y en la escala total ($F(2,107) = 4.298$; $p < .05$) según la edad del padre. Al realizar la prueba *post hoc* de Tukey se encontraron diferencias significativas en el nivel de escala total y Estresores por el bebé a favor del grupo 3 con respecto al grupo 1 ($p < .05$). Esto significa que los padres entre 31 y 50 años tienden a manifestar mayor estrés relacionado con la crianza de su hijo y mayores estresores por el bebé que los padres más jóvenes.

Tabla 8. Diferencias en el estrés parental según edad del padre.

	Grupo 1 N= 15 (a)	Grupo 2 N= 23 (b)	Grupo 3 N= 72 (c)	ANOVA	Tukey-b
	Media (SD)	Media (SD)	Media (SD)	F (2,107)	
Estresores	12.27 (4.367)	16.29 (5.590)	17.58 (5.676)	3.877*	(a) y (c)
Recompensas	9.87 (1.959)	10.3 (2.285)	10.39 (2.958)	.229	----
Escala total	23.13 (4.533)	26.7 (5.981)	27.97 (6.037)	4.298*	(a) y (c)

* $p < .05$

En tercer lugar, se comparó el nivel de educación del padre con las dimensiones del cuestionario y la escala total. Se dividió la muestra en tres niveles de estudios: nivel 1: estudios primarios y secundarios, nivel 2: estudios terciarios y universitarios, nivel 3: estudios superiores. Se aplicó un Análisis de la Varianza (ANOVA) con contraste *post hoc* Tukey.

En la tabla 16 se aprecia que existen diferencias únicamente en la dimensión de Estresores por el bebé ($F(2,107) = 5.279$; $p < .01$) según el nivel educativo alcanzado por el padre. En las comparaciones *post hoc* hubo diferencias significativas en la dimensión de Estresores por el bebé a favor del grupo 2 y 3 con respecto al grupo 1, lo cual indica que, a mayor nivel educativo alcanzado por el padre, mayores estresores por el bebé. Los padres que poseen estudios terciarios/universitarios y superiores presentan mayores estresores asociados con tener un hijo que aquellos que han alcanzado estudios primarios/secundarios.

Estrés parental y sensibilidad paterna en la etapa perinatal
Ailén Magalí González-Licenciatura en Psicología

Tabla 9. *Diferencias en el estrés parental según nivel de estudios.*

	Grupo 1 N= 29 (a)	Grupo 2 N= 58 (b)	Grupo 3 N= 23 (c)	ANOVA	Tukey-b
	Media (SD)	Media (SD)	Media (SD)	F (2,107)	
Estresores	13.93 (4.148)	17.79 (5.761)	17.65 (5.997)	5.279**	b)>(c)>(a)
Recompensas	11.14 (2.310)	9.91 (2.644)	10.22 (3.133)	2.043	----
Escala total	25.97 (4.847)	27.71 (6.012)	27.87 (7.021)	2.171	----

** $p < .01$

En cuarto lugar, se examinó si existían diferencias individuales en cuanto al estrés parental según la edad del bebé. Para ello se dividió la muestra en tres rangos etarios: grupo 1: menores de un mes de vida, grupo 2: 2-12 meses, grupo 3: 13-24 meses. Se aplicó un Análisis de la Varianza (ANOVA) y los resultados indican que hay diferencias en la dimensión Estresores ($F(2,107) = 4.167$; $p < .05$) y en la escala total ($F(2,107) = 4.448$; $p < .05$). Al realizar las comparaciones *post hoc* sólo se encontraron diferencias significativas en el nivel de escala total y la dimensión Estresores por el bebé a favor del grupo 3 con respecto a los grupos 1 y 2 ($p < .05$). Es decir que, a mayor edad del hijo, mayores niveles de estrés parental y de estresores asociados con el bebé.

Tabla 10. *Diferencias en el estrés parental según la edad del hijo.*

	Grupo 1 N= 12 (a)	Grupo 2 N= 54 (b)	Grupo 3 N= 44 (c)	ANOVA	Tukey-b
	Media (SD)	Media (SD)	Media (SD)	F (2,107)	
Estresores	12.5 (3.896)	17 (5.841)	17.59 (5.393)	4.167*	(a)<(b)<(c)
Recompensas	9.83 (1,586)	10.43 (3.038)	10.27 (2.518)	.237	----
Escala total	23.33 (4.539)	27.43 (6.706)	27,86 (4.925)	4.448*	(a)<(b)<(c)

* $p < .05$

En quinto lugar, se examinó si existían diferencias individuales en cuanto al estrés parental según la situación laboral del padre. Para ello, se utilizó la *prueba t* para muestras independientes cuyos resultados muestran que no hay diferencias entre las dimensiones y la escala total (Estresores: $t = .566$, $gl:108$; $p = .573$; Recompensas: $t = .422$, $gl:108$; $p = .674$; y escala total $t = .720$, $gl:108$; $p = .473$) entre los grupos de padres que trabajaban y los que estaban desempleados (ver Anexo).

Debido a que otras investigaciones señalaron la importancia de incluir la situación laboral de ambos padres en conjunto como un factor de estrés parental en la crianza de los hijos (Lewis & Cooper, 1988), se analizaron las diferencias individuales en los padres teniendo en cuenta la situación laboral de la madre. Para ello se realizó una *prueba t* de Student, cuyos resultados demostraron que existen diferencias en los niveles de la escala total ($t(108) = 3.426$; $p = .001$) y

en la dimensión Estresores por el bebé ($t(108) = 2.907$; $p=.004$). Cuando las madres trabajan, los padres presentan mayores niveles de estrés relacionados con la crianza de los hijos y perciben más estresores relacionados con el bebé.

Tabla 11. *Diferencias en el estrés parental según la situación laboral de la madre.*

	Trabaja N= 69	No trabaja N= 41	Prueba t
Estresores	17.91 (5.498)	14.78 (5.406)	2.907**
Recompensas	10.58 (3.089)	9.83 (1.801)	1.417
Escala total	28.49 (6.050)	24.61 (5.196)	3.426**

** $p < .01$

En sexto lugar, se analizaron las diferencias según la situación de pareja, dividiendo la muestra en dos grupos: grupo 1: padres que estaban en pareja, y grupo 2: padres que estaban separados. Para ello se realizó una *prueba t* de Student para muestras independientes. Los resultados indican que no existen diferencias entre las dimensiones y la escala total (Estresores: $t= .651$, $gl:108$; $p= .517$; Recompensas: $t= -.054$, $gl:108$; $p= .957$; y escala total $t= .585$, $gl:108$; $p= .559$) entre los padres solteros y en pareja (ver Anexo).

En séptimo lugar, se comparó las dos dimensiones y la escala total con la cantidad de hijos. Se dividió la muestra en dos grupos: grupo 1: padres con un solo hijo, y grupo 2: padres con dos o más hijos. Para determinar si existían diferencias se realizó una prueba *t* de Student para muestras independientes. No se hallaron diferencias en el estrés parental (Estresores: $t= -.111$, $gl:108$; $p= .912$; Recompensas: $t= .439$, $gl:108$; $p= .661$ y escala total $t= .092$, $gl:108$; $p= .927$) según la cantidad de hijos (ver Anexo)

En octavo lugar, se examinó si existían diferencias individuales en cuanto al estrés presentado en la crianza de los hijos según si el embarazo fue planificado o no. Para ello, se utilizó la *prueba t* para muestras independientes cuyos resultados muestran que no existen diferencias significativas en cuanto al estrés parental (Estresores: $t= 1.200$, $gl:104$; $p= .233$; Recompensas: $t= .665$, $gl:104$; $p= .508$ y escala total $t= 1.438$, $gl:104$; $p= .154$) entre los padres que reportaron haber planificado el embarazo y aquellos que no lo hicieron.

En noveno lugar, se compararon las dos dimensiones y la escala total del cuestionario y el tipo de parto. Para esto, se conformaron dos grupos: grupo 1: parto normal, y grupo 2: parto por cesárea. Para conocer si existían diferencias se efectuó una *prueba t* para muestras independientes, cuyos resultados señalan que no existen diferencias entre las dimensiones del cuestionario y la escala total (Estresores: $t= -1.556$, $gl:108$; $p= .123$; Recompensas: $t= 1.233$, $gl:108$; $p= .220$; y escala total $t= -.898$, $gl:108$; $p= .371$) entre el parto normal y por cesárea (ver Anexo).

Para finalizar, se examinó si existían diferencias individuales en cuanto al estrés parental según el sexo del hijo. Se realizó una *prueba t* que arrojó que no se hallaron diferencias significativas (Estresores: $t = -.419$, $gl:108$; $p = .676$; Recompensas: $t = .662$, $gl:108$; $p = .509$ y escala total $t = -.096$, $gl:108$; $p = .923$) entre los padres que tenían hijos varones e hijas mujeres (ver Anexo).

Discusión

Este estudio planteaba como objetivo general analizar la relación entre los niveles de estrés parental y los niveles de sensibilidad paterna en una muestra de padres de bebés sanos menores de dos años. De esta manera, se buscaba conocer las conductas y reacciones emocionales de los hombres en la paternidad, así como también determinar en qué medida el estrés asociado a la crianza de los hijos se relaciona con la sensibilidad del padre.

Respondiendo al objetivo general, los resultados de esta investigación indicaron que existe una relación negativa significativa entre la sensibilidad paterna y el estrés parental. Los padres que se implican en la crianza de su hijo y se involucran emocionalmente con el mismo presentan menor estrés asociado con el rol parental. Estos resultados se corresponden con lo propuesto por Deater-Deckard (1998) y Fagan et al. (2007) quienes sostienen que los padres que se involucran más con su hijo muestran niveles significativamente más bajos de estrés parental que los padres que se muestran menos involucrados emocionalmente con su bebé. Se encontraron correlaciones negativas entre las reacciones, conductas y sentimientos del padre y los estresores por el bebé, Fawcett (1988) sostiene que el ejercicio de la paternidad tiene aspectos tanto negativos como positivos, y que el involucramiento del padre en la crianza de su hijo puede disminuir los niveles de estrés que los padres encuentran en el nuevo rol. Por otro lado, también se hallaron asociaciones negativas entre la historia del padre y la identificación con su hijo con las recompensas por el bebé, indicando que los recuerdos que tiene el padre de su familia y su propia crianza parecen contribuir a los niveles generales de estrés y reducir la satisfacción que los padres encuentran en el rol parental, Genesoni y Tallandini (2009) explican que los recuerdos negativos del propio padre influyen en los procesos de reorganización de la identidad, funciones y prácticas generando un menor involucramiento con su hijo

De acuerdo a los objetivos específicos 1 y 2 que pretendían una descripción de la muestra de padres, se observó que las medias respecto a la escala total CSP y sus dimensiones indican niveles esperables de sensibilidad paterna que se corresponden con las halladas en el estudio de realizado en 2015 por Nieri. En cuanto a los niveles de estrés parental, los padres de la muestra manifiestan estar ligeramente por encima de los niveles hallados por Oronoz et al. en su estudio en 2007 tanto en la escala total como en sus dos dimensiones.

Respondiendo al tercer objetivo específico, el análisis de la relación entre el cuestionario de sensibilidad paterna y las variables sociodemográficas tales como: edad, nivel de estudios, estado civil, clase social y situación laboral de los padres; cantidad de hijos, planificación del embarazo, tipo de parto, sexo y edad del bebé, revelaron datos significativos:

En cuanto a las diferencias por clase social del padre se halló que los padres de clase media tienden a mostrar mayor sensibilidad paterna que los padres de clase alta, siendo estos últimos los que menor sensibilidad presentan. Esto se encuentra en oposición con las investigaciones que proponen que la privación económica aumenta el nivel de angustia psicológica de los padres y disminuye el valor de su rol paterno (Simons et al., 1990) generando dificultades en el ejercicio de la paternidad en la relación con los hijos (Cadzow et al., 1999). Estos resultados podrían indicar que, en los padres de la muestra, la privación económica no es un factor que obstaculice la sensibilidad de los padres hacia sus hijos. Esto se corresponde con lo propuesto por Newland et al. (2013) quienes sostienen que la presión económica aumenta los síntomas de ansiedad que se asocian positivamente con una paternidad sensible y emocionalmente involucrada y mostraron sentimientos positivos hacia sus hijos cuando no están relacionados con otros síntomas psicológicos. Es decir, que alguien que está preocupado por cumplir con sus responsabilidades económicas también puede estar inclinado a preocuparse por otras responsabilidades, como la crianza de los hijos (Cronin et al., 2015). Este último punto es el que podría explicar el hecho de que los padres pertenecientes a la clase alta hayan reportado los niveles más bajos de sensibilidad. Otra explicación podría ser la que brinda Skreden et al. (2012), quien sostiene que estos padres suelen tener mayores niveles de educación y, por ende, mayores demandas ocupacionales que perjudican el equilibrio entre las responsabilidades laborales y aquellas ligadas a la crianza de los hijos.

En relación a las diferencias según la situación conyugal, se encontró que los padres que están en pareja tienden a tener recuerdos positivos de su familia de origen y a identificarse con su hijo. Según Florsheim et al. (2003) la calidad de la relación de pareja durante la transición a la paternidad depende de varios factores, entre ellos de la cualidad de las relaciones con los propios padres durante la infancia. Podría pensarse que esto tiene relación con el nuevo modelo de paternidad basado no sólo en el apoyo a sus familias económicamente sino también incorporando -a diferencia de sus propios padres- el apoyo emocional para las madres de los niños y el involucramiento cercano con su hijo (Lamb, 2000). Los padres, por imitación o diferenciación, manifiestan el deseo de superar a sus propios padres, exponiendo el deseo de tener una mejor relación con su hijo de la que ellos tuvieron en su infancia, siendo más afectivos y compartiendo más tiempo (Suárez-Delucchi & Herrera, 2010).

En el caso de las diferencias según el sexo del bebé, se halló que los padres tienden a identificarse más fuertemente con sus hijos varones y tienden a recordar más positivamente su infancia. Según Cupa y Riazuelo (2001) los padres suelen tener preferencia por los hijos varones porque desean que su hijo sea su sucesor, que transmita el nombre y el mandato transgeneracional. Olavarría (2001) y Fuller (2000) sostienen que la paternidad se consagra al tener un hijo varón ya que permite que el apellido de la familia se trasmita y sobreviva en el tiempo. Por consiguiente, los resultados de este estudio se encuentran en la misma línea que los obtenidos por Pleck (1997) y Ramchandani et al. (2012), los cuales indican que los padres se interesan e involucran más con sus hijos varones que con sus hijas, y tienden a pasar más tiempo con los niños que con las niñas, independientemente de las edades de los niños.

Por otro lado, las diferencias halladas en cuanto a la edad del padre no fueron significativas. Este hallazgo se encuentra en contradicción con las hipótesis sostenidas y las investigaciones existentes que plantean que los padres más jóvenes poseen mayor sensibilidad (Marsiglio et al., 2000; Nieri, 2015; Vreeswijk, 2014).

Asimismo, no se encontraron diferencias en la sensibilidad paterna en cuanto al nivel de estudios y la situación laboral de los padres. En relación a esto, un estudio llevado a cabo con población chilena señala que el nivel de educación de los padres no está relacionado con la participación de este en el cuidado del bebé (Valdés & Godoy, 2008). Sin embargo, hay otros estudios que encontraron que la educación de los padres (Cabrera et al., 2007; Cadzow, Armstrong & Fraser, 1999; Deave y Johnson, 2008; Vreeswijk, 2014), la naturaleza del trabajo (Barclay & Lupton, 1999; Fagan, Bernd & Whiteman, 2007) así como también el estar desempleado (Cabrera, Tamis-LeMonda, Bradley, Hofferth & Lamb, 2000; Devault & Gratton, 2003; Simons, Whitbeck, Conger & Melby, 1990) tienen implicancias en la calidad de la relación con sus hijos

Diversos estudios hallaron diferencias en la sensibilidad de los padres según la cantidad de hijos (Vreeswijk (2014), la planificación del embarazo (Suárez-Delucchi & Herrera (2010), el tipo de parto (Carter, 2002) y la edad del bebé (Nieri, 2015; Rendina & Dickerscheid, 1976). Sin embargo, en la presente investigación no se hallaron diferencias estadísticamente significativas en los niveles de sensibilidad paterna según estas variables. Aun así, se podría considerar que aumentando el tamaño de la muestra habría una mayor variabilidad entre los sujetos, los grupos tendrían similar cantidad de sujetos y los resultados podrían diferir.

Respondiendo al último objetivo específico, el análisis de la relación entre la escala de estrés parental y las variables sociodemográficas tales como: edad, nivel de estudios, estado civil,

clase social y situación laboral de los padres; cantidad de hijos, planificación del embarazo, tipo de parto, sexo y edad del bebé, revelaron datos significativos:

Se hallaron diferencias según la clase social del padre, indicando que a mayor clase social los padres experimentan mayores niveles de estrés parental. De este modo, los padres de clase alta tienden a padecer mayores niveles de estrés relacionado con la crianza de sus hijos, y perciben más estresores por desempeñar el rol de padre con respecto a las clases media y baja. Además, se encontró que los padres de clase baja suelen percibir mayores recompensas por el bebé, es decir mayor satisfacción en el rol parental, que los padres de clase media. Esto demuestra que, aunque se ha confirmado que las familias de bajos ingresos experimentan estresores financieros (Ponnet et al., 2014), no necesariamente perciben estrés por el rol parental, es decir, como resultado de criar a sus hijos (Oronoz et al., 2007). Asimismo, según lo propuesto por Newland et al. (2013), la influencia negativa de la presión económica sobre el bienestar de los padres y los niños podría aumentar los síntomas de ansiedad que se asocian positivamente con una crianza más sensible. Es decir, los síntomas de ansiedad surgidos por las dificultades económicas sin otros síntomas psicológicos comórbidos, pueden crear suficiente vigilancia y sensibilidad para que un padre pueda satisfacer las necesidades del niño.

Por otro lado, Cronin et al. (2015) explican que un padre que está preocupado por cumplir con sus responsabilidades económicas también puede estar inclinado a preocuparse por las responsabilidades de la crianza de los hijos, involucrándose con éste en mayor medida. Este hallazgo podría explicar por qué los padres con mayores ingresos – por ende, con menos preocupaciones de sustento económico- hayan mostrado mayores niveles de estrés parental. Sin embargo, otra explicación podría estar ligada a las diferencias que se hallaron en el estrés parental según el nivel educativo alcanzado por el padre, en donde los padres que poseen estudios terciarios/universitarios y superiores presentaron mayores estresores asociados con su rol de padre que aquellos que han alcanzado estudios primarios/secundarios. Esto indica, al igual que en el estudio de Skreden et al. (2012), que los padres con mayor nivel educativo podrían tener más demandas ocupacionales -y también mayores ingresos- que los padres con menos educación y por lo tanto perciban mayores estresores asociados a criar a los hijos, al no poder equilibrar las responsabilidades del trabajo y el hogar.

A pesar de que no se hallaron diferencias significativas entre los padres que trabajaban y los que se encontraban desempleados, al incluir la situación laboral materna se encontraron diferencias indicando que cuando las madres trabajan, los padres presentan mayores niveles de estrés relacionados con la crianza de los hijos y perciben más estresores relacionados el rol de padre. Estos resultados se encuentran en correspondencia con lo planteado por Lewis y Cooper

(1988), quienes encontraron que el estrés parental muchas veces se asocia con la adición de las exigencias de la paternidad a las demandas del empleo a tiempo completo de ambos cónyuges.

En el caso de las diferencias según la edad del padre, se encontró que los padres de mayor edad (entre 31 y 50 años) presentan mayor estrés relacionado con la crianza de su hijo y mayores estresores por el bebé que los padres más jóvenes. Esto es contrario a gran cantidad de estudios que indican que los padres jóvenes suelen reportar mayores preocupaciones ligadas a la paternidad (Fagan et al. 2007). Ostberg y Hagekull (2007) explican que esto puede deberse a que, por un lado, los estudios sobre el impacto de la edad de los padres sobre el estrés en padres adultos son escasos, y por otro, que las expectativas de la paternidad y las demandas del niño son más exigentes en esta edad donde los padres ya han completado su educación, iniciado una carrera y habituado a una vida sin hijos.

En relación a las diferencias según la edad del hijo, se encontró que, a mayor edad del hijo, más elevados son los niveles de estrés parental y de estresores asociados con el rol paterno. Según Bornstein (2002), esto podría pensarse a partir de que los bebés comienzan a ponerse de pie y caminar entre los 11 y 15 meses de edad, aproximándose al mundo social y de los objetos en formas fundamentalmente nuevas ya que, anteriormente, el niño pequeño era totalmente dependiente de los adultos para la estimulación y ahora puede explorar y auto-estimularse. De esta manera, cuando el bebé logra la capacidad de estar de pie y caminar altera la naturaleza y la calidad de la crianza (Biringen, Emde, Campos & Appelbaum, 1995; en Bornstein, 2002). Con cada avance del bebé, los comportamientos de los padres hacia los niños cambian ya que ahora se agregan nuevas exigencias frente a una serie de circunstancias nuevas y posiblemente peligrosas (Bornstein, 2002). Bertenthal y Campos (1990) entienden que la aparición de la locomoción implica no sólo un avance en las habilidades motoras, sino que también afecta la adaptación y atención visual, la referencia social y las emociones.

Por el contrario, las diferencias halladas en cuanto a la situación de pareja no fueron significativas. Estos resultados se encuentran en contradicción con las investigaciones sobre el tema que indican que ser soltero (Skari, 2002), haber tenido una relación breve (Buist et al., 2003), y el divorcio en sí mismo (Kulick & Heine-Cohen, 2011) aumentan el estrés de los padres.

Al igual que en la investigación de Zerkowicz y Milet (1997), no se encontraron diferencias en el estrés que experimentan los padres según la cantidad de hijos. Sin embargo, estudios anteriores han señalado la existencia de mayores niveles de estrés parental en padres con mayor cantidad de hijos (Hildingsson & Thomas, 2013; Skreden et al., 2012; Teixeira et al. 2009).

En investigaciones anteriores hallaron que los padres manifestaban mayor estrés parental cuando no habían planificado el embarazo (Condon et al., 2004) y cuando habían experimentado

un nacimiento traumático y complicaciones durante el parto (Skari, 2002). Sin embargo, en el presente estudio no se hallaron diferencias significativas en el estrés parental según la planificación del embarazo y el tipo de parto. Por otro lado, en consonancia con el estudio realizado por Skreden et al., 2012, no se hallaron diferencias significativas con respecto al género del niño entre los padres. Podría pensarse nuevamente que aumentando el tamaño de la muestra habría una mayor variabilidad entre sujetos, y los grupos tendrían similar cantidad de sujetos, tal vez obteniendo otros resultados.

Finalmente, acorde a las investigaciones de Fagan et al. (2007) y Deater-Deckard (1998) se ha demostrado que, en el desarrollo de la paternidad, el estrés producto de las situaciones o problemas cotidianos ligados a la crianza de los hijos está relacionado con una menor sensibilidad de los padres hacia su descendencia, es decir, puede afectar su involucramiento en la tarea de la crianza, debilitando la calidad de la relación padre-hijo.

Conclusiones

El objetivo principal de esta investigación consistió en analizar posibles asociaciones entre la sensibilidad paterna y el estrés parental, así como también comprobar la posible existencia de diferencias individuales según distintas variables sociodemográficas en una muestra de padres de bebés menores a dos años.

Es relevante destacar que el presente estudio es una aproximación inicial al conocimiento del modo en que los padres residentes en Argentina transitan la paternidad, analizando el papel que juega el estrés parental -asociado con la asunción de los roles y funciones paternas- en la sensibilidad que desarrollan los padres con sus hijos. De este modo, se considera hacer un aporte al conocimiento sobre lo que le sucede al padre con su hijo durante el período perinatal.

Los resultados obtenidos demuestran que tanto el objetivo general como los específicos se han desarrollado de manera consumada y que las hipótesis se han cumplido en forma total algunas, y parcial en otras.

Como consecuencia de este estudio, resulta evidente que los padres, al igual que la madre, establecen un vínculo emocional único con su hijo que es fundamental para un desarrollo positivo del niño, y que va más allá de brindar sostén económico a la familia.

Quedó demostrado que los padres que presentan mayores niveles de estrés parental en relación a la crianza de sus hijos, tienen menor sensibilidad paterna. Asimismo, se observó que hay ciertas condiciones sociales y demográficas que se asocian con los niveles de sensibilidad y de estrés presentados por los padres.

Es prudente mencionar algunas limitaciones de la presente investigación. En primer lugar, puede mencionarse la dificultad de emplear una muestra no probabilística que puede acarrear sesgos en la modalidad de recolección de datos, ya que no se realiza con métodos de selección al azar. Además, dentro de las limitaciones de este estudio se encuentra el tamaño pequeño de la muestra que se deriva de los criterios específicos de inclusión que se han adoptado.

Otra de las limitaciones fueron las escasas investigaciones concernientes a los que le ocurre al padre durante los primeros momentos de vida y los dos primeros años de su hijo. En general, los estudios se centran en la relación de pareja y la relación con el niño cuando éste tiene una edad más avanzada. Además, la mayor parte de las investigaciones no son actuales y por tanto pueden no reflejar los cambios y redefiniciones más recientes del constructo de paternidad. Además, no hay diversidad de estudios sobre la temática en población argentina, por lo tanto, tampoco se pudo profundizar en el modo en que los hombres argentinos atraviesan la paternidad en relación al estrés parental.

Asimismo, no se encontraron muchos estudios que analicen la sensibilidad paterna tal como se la entiende actualmente, y que fuese medida empíricamente con un instrumento similar al utilizado en la presente investigación.

En virtud de lo expuesto, los futuros estudios deberían centrarse en estudiar la influencia de variables tanto psicológicas como socioculturales en los niveles de sensibilidad paterna y de estrés parental durante los primeros años de vida de los hijos. Sería interesante que pudieran realizar estudios longitudinales para analizar cómo se comportan la sensibilidad en los padres y los niveles de estrés parental desde el embarazo hasta luego del nacimiento.

Este estudio sugiere la necesidad de abordar el estrés parental de los padres como un medio para aumentar la cantidad de participación y sensibilidad del padre en la crianza de sus hijos, y así mejorar la calidad de la relación padre-hijo. Los servicios de salud, que suelen centrar la atención en las madres, podrían apoyar a los nuevos padres proporcionándoles información sobre la crianza de los hijos desde la perspectiva de un padre en programas de atención prenatal. Esto podría ser beneficioso no sólo para los padres, sino también para sus parejas e hijos, ya que se comprobó que los estados psicológicos perturbados suelen co-ocurrir en la pareja y que la crianza sensible e involucrada por parte del padre favorece el desarrollo positivo del niño en las esferas social, cognitivo y emocional.

Agradecimientos

A mi tutora, la Dra. Liliana Nieri, por su continua disposición, asesoramiento y trabajo dedicado, así como también por transmitir la intensa pasión que demuestra por su trabajo.

A mi familia por darme la oportunidad de formarme en la carrera que me apasiona y apoyarme durante este proceso.

A los profesores que compartieron sus conocimientos y al departamento de Psicología de la Fundación UADE por brindarme una formación abarcativa que favorece la integración entre las teorías.

Referencias bibliográficas

- Abidin, R. (1992). The Determinants of Parenting Behaviour. *Journal of clinical child Psychology*, 24, 31-40.
- Amato, P. & Rivera, F. (1999). Paternal Involvement and Children's Behavior Problems. *Journal of Marriage and the Family*, 61(2), 375.
- Anding, J., Röhrle, B., Grieshop, M., Schücking, B. & Christiansen, H. (2016). Couple comorbidity and correlates of postnatal depressive symptoms in mothers and fathers in the first two weeks following delivery. *Journal of Affective Disorders*, 190, 300-309.
- Baldoni, F. (2010). Attachment, danger, and role of the father in family life span. *Transilvanian Journal of Psychology (Erdélyi Pszichológiai Szemle, EPSZ)*, 4, 375-402.
- Barclay, L. & Lupton, D. (1999). The experiences of new fatherhood: a socio-cultural analysis. *Journal of Advanced Nursing*, 29(4), 1013-1020.
- Belsky, J., & Kelly, J. (1994). *Transition to parenthood*. New York: Delacorte Press.
- Benzies, K., Harrison, M. & Magill-Evans, J. (2004). Parenting Stress, Marital Quality, and Child Behavior Problems at Age 7 Years. *Public Health Nursing*, 21(2), 111-121.
- Berry, J.O., & Jones, W.H. (1995). The Parental Stress scale: Initial psychometric evidence. *Journal of Social and Personal Relationships*, 12,463-472.
- Bertenthal, B.I & Campos, J.J (1990). A systems approach to the organizing effects of self-produced locomotion during infancy. En C. Rovee-Collier (Ed.). *Advances in infancy research* (pp. 1-60). Norwood: NJ: Ablex.
- Bibring, G. L. (1959). Some considerations of the psychological processes in pregnancy. *Psychoanalytic Study of the Child*, 14, 77-121.
- Biringen, Z., Emde, R., Campos, J. & Appelbaum, M. (1995). Affective Reorganization in the Infant, the Mother, and the Dyad: The Role of Upright Locomotion and Its Timing. *Child Development*, 66(2), 499.
- Bornstein, M. (2002). *Handbook of parenting* (1st ed). Mahwah, N.J.: Lawrence Erlbaum.
- Buist, A., Morse, C. & Durkin, S. (2003). Men's Adjustment to Fatherhood: Implications for Obstetric Health Care. *Journal of Obstetric, Gynecologic & Neonatal Nursing*, 32(2),172-180.
- Cabrera, N., Shannon, J. & Tamis-LeMonda, C. (2007). Fathers' Influence on Their Children's Cognitive and Emotional Development: From Toddlers to Pre-K. *Applied Developmental Science*, 11(4), 208-213.
- Cabrera, N., Tamis-LeMonda, C., Bradley, R., Hofferth, S. & Lamb, M. (2000). Fatherhood in the Twenty-First Century. *Child Development*, 71(1), 127-136.

- Cadzow, S. P., Armstrong, K. L. & Fraser, J. A. (1999). Stressed parents with infants: reassessing physical abuse risk factors. *Child Abuse & Neglect*, 23(9), 845-853.
- Carter, A. S. (2002). Assessing social–emotional and behavior problems and competencies in infancy and toddlerhood: Available instruments and directions for application. *Emotion regulation and developmental health: Infancy and early childhood*, 277-299.
- Cohen, J. (1992). A power primer. *Psychological Bulletin*, 112(1), 155-159
- Cohen, O. & Finzi-Dottan, R. (2005). Parent–child relationships during the divorce process; from attachment theory and intergenerational perspective. *Contemporary Family Therapy*, 27(1), 81-99. (Lazarus, 1993
- Cohen, R. J. (1994). *Psychology and adjustment: Values, culture, and change*. Boston: Allyn and Bacon.
- Condon, J., Boyce, P. & Corkindale, C. (2004). The First-Time Fathers Study: a prospective study of the mental health and wellbeing of men during the transition to parenthood. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 38(1-2), 56-64.
- Conger, R. D., Conger, K. J., & Martin, M. J. (2010). Socioeconomic status, family processes, and individual development. *Journal of Marriage and Family*, 72(3), 685-704.
- Cowan, C. P., & Cowan, P. A. (2000). *When partners become parents: The big life change for couples*. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Cowan, C.P., Cowan, P.A., Heming, G. & Miller, N.B. (1991). Becoming a family: Marriage, parenting, and child development. In: P.A. Cowan & E.M. Hetherington (Eds.), *Family transition: Advances in family research* (Vol. 2, pp. 79–109). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Cowan, P.A. & Cowan, C.P. (1988). Changes in marriage during the transition to parenthood: Must we blame the baby?. En: G.Y. Michaels & W.A. Goldberg (Eds.), *The transition to parenthood: Current theory and research* (pp. 114–154). New York: Cambridge University Press.
- Creasey, G.L. & Reese, M. (1996). Mothers' and fathers' perceptions of parenting hassles: Associations with psychological symptoms, nonparenting hassles, and child behavior problems. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 17, 393-406.
- Crnic, K. & Greenberg, M. (1990). Minor Parenting Stresses with Young Children. *Child Development*, 61(5), 1628-1637.
- Crnic, K., Low, C., & Bornstein, M. (2002). Everyday stresses and parenting. In M. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting: Practical issues in parenting* (2nd ed.), Vol. 5, pp. 243-267. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

- Cronin, S., Becher, E., Christians, K. & Debb, S. (2015). *Parents and stress: Understanding experiences, context, and responses*. St. Paul, MN: University of Minnesota Extension, Children, Youth, and Family Consortium. Retrieved from the University of Minnesota Digital Conservancy.
- Cupa, D. & Riazuelo-Deschamps, H. (2001). La constellation paternelle: une étude pilote en période prénatale. *Santé mentale au Québec*, 26(1), 58-78.
- Deater-Deckard, K. & Scarr, S. (1996). Parenting stress among dual-earner mothers and fathers: Are there gender differences? *Journal of Family Psychology*, 10(1), 45-59.
- Deater-Deckard, K. (1998). Parenting stress and child adjustment: Some old hypotheses and new questions. *Clinical Psychology: Science and Practice*, 5(3), 314-332.
- Deave, T. & Johnson, D. (2008). The transition to parenthood: what does it mean for fathers?. *Journal of Advanced Nursing*, 63(6), 626–633.
- DeGarmo, E. & Davidson, K. (1978). Psychosocial effects of pregnancy on the mother, father, marriage, and family. *Current practice in obstetric and gynecologic nursing*, 2, 24.
- Devault, A. & Gratton, S. (2003). Les pères en situation de perte d'emploi: l'importance de les soutenir de manière adaptée à leurs besoins: Psychologie clinique. *Pratiques psychologiques*, (2), 79-88.
- Draper, J. (2002). 'It's the first scientific evidence': Men's experience of pregnancy confirmation - some findings from a longitudinal ethnographic study of transition to fatherhood. *Journal of Advanced Nursing*, 39(6), 563–570.
- Epifanio, M., Genna, V., De Luca, C., Roccella, M. & La Grutta, S. (2015). Paternal and maternal transition to parenthood: the risk of postpartum depression and parenting stress. *Pediatric Reports*, 7(2).
- Fagan, J., Bernd, E. & Whiteman, V. (2007). Adolescent Fathers' Parenting Stress, Social Support, and Involvement with Infants. *Journal of Research on Adolescence*, 17(1), 1-22.
- Fawcett, J.T. (1988). The value of children and the transition to parenthood. En R. Palkovitz & M.B. Sussman (Eds.): *Transition to parenthood*. N.Y.: Harworth Press.
- Fish, M., Stifler, C. & Belsky, J. (1993). Early patterns of mother-infant dyadic interactions: Infant, mother, and family demographic antecedents. *Infant Behavior and Development*, 16, 1-18.
- Fletcher, R.J., Matthey, S. & Marley, C. G. (2006). Addressing depression and anxiety among new fathers. *The Medical journal of Australia*, 185(8), 461-463.
- Florsheim, P., Sumida, E., McCann, C, Winstanley, M., Fukui, R., Seefeldt, T. & Moore, D. (2003). The transition to parenthood among young African American and Latino couples:

- Relational predictors of risk for parental dysfunction. *Journal of Family Psychology*, 17(1), 65-79.
- Flouri, E., & Buchanan, A. (2004). Early father's and mother's involvement and child's later educational outcomes. *British Journal of Educational Psychology*, 74 (2), 141-153.
- Fuller, N. (2000). *Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú*. Lima: PUCP.
- Genesoni, L & Tallandini, M. (2009). Men's Psychological Transition to Fatherhood: An Analysis of the Literature, 1989-2008. *Birth*, 36(4), 305-318.
- Goodman, W., Crouter, A., Lanza, S., Cox, M. & Vernon-Feagans, L. (2011). Paternal Work Stress and Latent Profiles of Father-Infant Parenting Quality. *Journal of Marriage and Family*, 73(3), 588-604.
- Habib, C. (2012). The transition to fatherhood: A literature review exploring paternal involvement with identity theory. *Journal of Family Studies*, 18(2), 103-120.
- Herzog, J. M. & Lebovici, S. (1995). El padre. En: S. Lebovici & F. Weil-Halpern, *La psicopatología del bebé* (pp. 70-78). Mexico, DF: Siglo XXI.
- Hildingsson, I. & Thomas, J. (2013). Parental stress in mothers and fathers one year after birth. *Journal of Reproductive and Infant Psychology*, 32(1), 41-56.
- Holmes, T. & Rhe, R. (1967). The social readjustment rating scale. *J. Psychosom.* 11. 213-218.
- Kamalifard, M., Hasanpoor, S., Kheiroddin, J.B., Panahi, S. & Payan, S.B. (2014). Relationship between Fathers' Depression and Perceived Social Support and Stress in Postpartum Period. *Journal of Caring Sciences*, 3(1), 57-66.
- Kanner, A., Coyne, J., Schaefer, C. & Lazarus, R. (1981). Comparison of two modes of stress measurement: Daily hassles and uplifts versus major life events. *Journal of Behavioral Medicine*, 4(1), 1-39.
- Kulick, L., & Heine-Cohen, E. (2011). Coping resources, perceived stress, and adjustment to divorce among israeli women: Assessing effects. *The Journal of Social Psychology*, 151(1), 5-30.
- Lamb, M. (2000). The History of Research on Father Involvement. *Marriage & Family Review*, 29(2-3), 23-42.
- Lamb, M. E., Pleck, J. H., Charnov, E. L. & Levine, J. A. (1987). A biosocial perspective on paternal behavior and involvement. In: J. B. Lancaster, J. Altmann, A. S. Rossi. & L. R. Sherrod (Eds.), *Parenting across the lifespan: Biosocial perspectives* (pp. 111-142). Hawthorne, NY: Aldine. Nieri 2012

- Lavee, Y., Sharlin, S. & Katz, R. (1996). The Effect of Parenting Stress on Marital Quality. *Journal of Family Issues*, 17(1), 114-135.
- Lazarus, R. S., Deese, J. & Osler, S. F. (1952). The effects of psychological stress upon performance. *Psycho. Bull.* 49, 293-317
- Lazarus, R. S. & Folkman, S. 1984. *Stress, Appraisal, and Coping*. New York: Springer
- Lazarus, R. S. 1966. *Psychological Stress and the Coping Process*. New York: McGraw-Hill
- Leadbeater, B. J. R & Way, N. (2001). *Growing Up Fast: Transitions to Early Adulthood of Inner-city Adolescent Mothers*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Lewis, S. & Cooper, C. (1988). The transition to parenthood in dual-earner couples. *Psychological Medicine*, 18(2), 477
- Lewis, S., West, A., Stein, A., Malmberg, L., Bethel, K. & Barnes, J. et al. (2009). A comparison of father-infant interaction between primary and non-primary care giving fathers. *Child: Care, Health, and Development*, 35(2), 199-207
- Lombardini, J. (2009). Empatía paterna y nuevo modelo de paternidad. *Psicodebate*, 9(0), 81.
- Lovibond, P.F. & Lovibond, S.H (1995). *Manual for the Depression Anxiety Stress Scales (2nd ed.)*, Sidney: Psychology Foundation.
- Luoma, I., Puura, K., Mäntymaa, M., Latva, R., Salmelin, R. & Tamminen, T. (2013). Fathers' postnatal depressive and anxiety symptoms: An exploration of links with paternal, maternal, infant and family factors. *Nordic Journal of Psychiatry*, 67(6), 407-413
- Maldonado-Drurán, M.& Lecannelier, F. (2008). El padre en la etapa perinatal. *Perinatol Reprod Hum*, 2 (2), 145-154.
- Malmberg, L., Lewis, S., West, A., Murray, E., Sylva, K. & Stein, A. (2015). The influence of mothers' and fathers' sensitivity in the first year of life on children's cognitive outcomes at 18 and 36 months. *Child: Care, Health, and Development*, 42(1), 1-7
- Mao, Q., Zhu, L. & Su, X. (2011). A comparison of postnatal depression and related factors between Chinese new mothers and fathers. *Journal of Clinical Nursing*, 20(5-6), 645-652.
- Marsiglio, W., Amato, P., Day, R. & Lamb, M. (2000). Scholarship on Fatherhood in the 1990s and Beyond. *Journal of Marriage and Family*, 62(4), 173-1191.
- McCubbin, H. & Patterson, J. (1983). The Family Stress Process. *Marriage & Family Review*, 6(1-2), 7-37.
- Mehall, K., Spinrad, T., Eisenberg, N. & Gaertner, B. (2009). Examining the Relations of Infant Temperament and Couples' Marital Satisfaction to Mother and Father Involvement: A Longitudinal Study. *Fathering: A Journal of Theory, Research, and Practice about Men as Fathers*, 7(1), 23-48.

- Miller, B. & Sollie, D. (1980). Normal Stresses during the Transition to Parenthood. *Family Relations*, 29(4), 459-465
- Newland, R. P., Crnic, K. A., Cox, M. J., & Mills-Koonce, W. R. (2013). The family model stress and maternal psychological symptoms: Mediated pathways from economic hardship to parenting. *Journal of Family Psychology*, 27(1), 96-106.
- Nieri, L. (2015). Construcción y validación del Cuestionario de Sensibilidad Paterna. *Psicodebate*, 15(2), 55-82
- Noppe, I., Noppe, L. & Hughes, F. (1991). Stress as a Predictor of the Quality of Parent-Infant Interactions. *The Journal of Genetic Psychology*, 152(1), 17-28.
- Odgers, C. L., Caspi, A., Russell, M. A., Sampson, R. J., Arseneault, L., & Moffitt, T. E. (2012). Supportive parenting mediates neighborhood socioeconomic disparities in children's antisocial behavior from ages 5 to 12. *Development and Psychopathology*, 24(03), 705-721.
- Olavarría, J. (2001). *Y todos querían ser (buenos) padres. Varones de Santiago de Chile en conflicto*. Santiago: FLACSO
- Oronoz, B., Alonso-Arbiol, I., & Balluerka, K. (2007). A Spanish adaptation of the Parental Stress Scale. *Psicothema*, 19 (4), 687-692.
- Östberg, M. & Hagekull, B. (2000). A structural modeling approach to the understanding of parenting stress. *Journal of Clinical Child Psychology*, 29(4), 615-625.
- Palkovitz, R. (1997). Reconstructing "involvement": Expanding conceptualizations of men's caring in contemporary families. En A. J. Hawkins & D.C Dollahite (Eds) *Generative fathering: Beyond deficit perspectives* (pp. 200-216). Thousand Oaks, CA, US: Sage Publications.
- Panter-Brick, C., Burgess, A., Eggerman, M., McAllister, F., Pruett, K. & Leckman, J. (2014). Practitioner Review: Engaging fathers - recommendations for a game change in parenting interventions based on a systematic review of the global evidence. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 55(11), 1187-1212.
- Paquette, D. (2004). Theorizing the father-child relationship: mechanisms and developmental outcomes. *Human Development*, 47, 193-219.
- Parke, R. D. (1981). *Fathers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Perren, S., von Wyl, A., Bürgin, D., Simoni, H. & von Klitzing, K. (2005). Depressive symptoms and psychosocial stress across the transition to parenthood: Associations with parental psychopathology and child difficulty. *Journal of Psychosomatic Obstetrics & Gynecology*, 26(3), 173-183

- Pleck, J. (2012). Integrating Father Involvement in Parenting Research. *Parenting, 12*(2-3), 243-253.
- Pleck, J. H. (1997). Paternal involvement: Levels, sources, and consequences. In M. E. Lamb (Ed.), *The role of the father in child development* (3rd ed., pp. 66–103). New York: Wiley.
- Pleck, J. H. (2010). Paternal involvement: Revised conceptualization and theoretical linkages with child outcomes. En M. E. Lamb (Ed) *The role of the father in child development* (pp. 58-93). Hoboken, NJ, US: John Wiley & Sons Inc.
- Ponnet, K., Van Leeuwen, K., & Wouters, E. (2014). Examining mediating pathways between financial stress of mothers and fathers and problem behaviour in adolescents. *Journal of Family Studies, 20*(1), 66-78.
- Priel, B. & Besser, A. (2002). Perceptions of early relationships during the transition to motherhood: the mediating role of social support. *Infant Mental Health Journal 23*, 343-360.
- Rabkin, J. & Streuning, E. (1976). Life events, stress, and illness. *Science, 194*, 1013-1020.
- Ramchandani, P., Domoney, J., Sethna, V., Psychogiou, L., Vlachos, H. & Murray, L. (2012). Do early father-infant interactions predict the onset of externalising behaviours in young children? Findings from a longitudinal cohort study. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 54*(1), 56-64
- Rendina, I. & Dickerscheid, J. D. (1976). Father involvement with first-born infants. *Family Coordinator, 373-378*.
- Sarkadi, A., Kristiansson, R., Oberklaid, F. & Bremberg, S. (2008). Fathers' involvement and children's developmental outcomes: a systematic review of longitudinal studies. *Acta Paediatrica, 97*(2), 153-158.
- Schodt, C. M. (1989). Parental-fetal attachment and couvade: a study of patterns of human-environment integrality. *Nursing science quarterly, 2*(2), 88-97.
- Seah, C. & Morawska, A. (2015). When mum is stressed, is dad just as stressed? Predictors of paternal stress in the first six months of having a baby. *Infant Mental Health Journal, 37*(1), 45-55.
- Selye, H. 1974. *Stress without Distress*. Philadelphia: Lippincott.
- Simons, R. L., Whitbeck, L. B., Conger, R. D. & Melby, J. N. (1990). Husband and wife differences in determinants of parenting: A social learning and exchange model of parental behavior. *Journal of Marriage and the Family, 375-392*.

- Skari, H. (2002). Comparative levels of psychological distress, stress symptoms, depression, and anxiety after childbirth—a prospective population-based study of mothers and fathers. *BJOG: An International Journal of Obstetrics and Gynaecology*, 109(10), 1154-1163.
- Skreden, M., Skari, H., Malt, U., Pripp, A., Bjork, M., Faugli, A. & Emblem, R. (2012). Parenting stress and emotional wellbeing in mothers and fathers of preschool children. *Scandinavian Journal of Public Health*, 40(7), 596-604.
- Sokolowski, M., Hans, S., Bernstein, V. & Cox, S. (2007). Mothers' representations of their infants and parenting behavior: Associations with personal and social-contextual variables in a high-risk sample. *Infant Mental Health Journal*, 28(3), 344-365.
- Stein, C. H., Abraham, K. M., Bonar, E. E., Leith, J. E., Kraus, S. W., Hamill, A. C. & Fogo, W. R. (2011). Family ties in tough times: How young adults and their parents view the US economic crisis. *Journal of Family Psychology*, 25(3), 449-454.
- Stern, D.N. (1995). *The Motherhood Constellation: A Unified View of Parent-Infant Psychotherapy*. New York: Basic Books.
- Suárez-Delucchi, N. & Herrera, P. (2010). La Relación del Hombre con su Primer (a) Hijo (a) Durante los Primeros Seis Meses de Vida: Experiencia Vincular del Padre. *Psykhé (Santiago)*, 19(2), 91-104.
- Tamis-LeMonda, C., Shannon, J., Cabrera, N. & Lamb, M. (2004). Fathers and Mothers at Play with Their 2- and 3-Year-Olds: Contributions to Language and Cognitive Development. *Child Development*, 75(6), 1806-1820.
- Teixeira, C., Figueiredo, B., Conde, A., Pacheco, A. and Costa, R. (2009). Anxiety and depression during pregnancy in women and men. *Journal of Affective Disorders*, 119(1-3), 142-148.
- Valdés, X. & Godoy, C. (2008). El lugar del padre: rupturas y herencias. Representaciones de la paternidad en grupos altos, medios y populares chilenos. *Estudios Avanzados*, 6(9). 79-112.
- Vismara, L., Rollè, L., Agostini, F., Sechi, C., Fenaroli, V. & Molgora, S et al. (2016). Perinatal Parenting Stress, Anxiety, and Depression Outcomes in First-Time Mothers and Fathers: A 3- to 6-Months Postpartum Follow-Up Study. *Frontiers in Psychology*, 7.
- Vreeswijk, C. M. J. M. (2014). *From pregnancy to parenthood: Father's and mother's representations of their (unborn) infants*. Ridderkerk: Ridderprint
- Wee, K., Skouteris, H., Richardson, B., McPhie, S. & Hill, B. (2015). The inter-relationship between depressive, anxiety, and stress symptoms in fathers during the antenatal period. *Journal of Reproductive and Infant Psychology*, 33(4), 359-373.

Estrés parental y sensibilidad paterna en la etapa perinatal
Ailén Magalí González-Licenciatura en Psicología

- Weinraub, M. & Wolf, B. (1987). Stress, social supports, and parent-child interactions: Similarities and differences in single-parent and two-parent families. En C. F. Z. Boukydis (Ed.), *Research on support for parents and infants in the postnatal period* (114-135). Norwood, NJ: Ablex.
- Windle, M., & Dumenci, L. (1997). Parental and occupational stress as predictors of depressive symptoms among dual-income couples: A multilevel modeling approach. *Journal of Marriage and the Family*, 59, 625-634.
- Zelkowitz, P. & Milet, T. (1997). Stress and support as related to postpartum paternal mental health and perceptions of the infant. *Infant Mental Health Journal*, 18(4), 424-435.

Anexos

Consentimiento Informado para Participantes de Investigación

El propósito de esta ficha de consentimiento es proveer a los participantes en esta investigación con una clara explicación de la naturaleza de la misma, así como de su rol en ella como participantes.

La presente investigación es conducida por la alumna Ailén Magalí González de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) para realizar su trabajo de integración final en la Licenciatura de Psicología. La meta de este estudio es *analizar la relación entre los niveles de estrés parental y los niveles de sensibilidad paterna en una muestra de padres de bebés sanos menores de dos años*.

Si usted accede a participar en este estudio, se le pedirá responder preguntas en una entrevista (o completar una encuesta, o lo que corresponda según el caso). Esto tomará aproximadamente 20 minutos de su tiempo.

La participación en este estudio es estrictamente voluntaria. La información que se recoja será confidencial y no se usará para ningún otro propósito fuera de los de esta investigación. Sus respuestas al cuestionario y a la entrevista serán codificadas usando un número de identificación y, por lo tanto, serán anónimas.

Si tiene alguna duda sobre este proyecto, puede hacer preguntas en cualquier momento durante su participación en él. Igualmente, puede retirarse del proyecto en cualquier momento sin que eso lo perjudique en ninguna forma. Si alguna de las preguntas durante la entrevista le parecen incómodas, tiene usted el derecho de hacérselo saber al investigador o de no responderlas.

Desde ya le agradecemos su participación.

Nombre del Participante DNI Firma del Participante (en
letras de imprenta)

Cuestionario sociodemográfico

Institución:.....

Fecha:.....

1. Sexo del bebé (marque con una cruz): Masculino Femenino

2. Edad del Bebé:

3. Edad del Padre:.....

4. Edad de la Madre:.....

5. Hijos: 0 1 2 3 4 Más

6. Lugar de nacimiento:.....

7. Lugar de residencia:.....

8. Nivel de estudios (marque con una cruz):

- Primaria incompleta
- Primaria completa
- Secundaria incompleta
- Secundaria completa
- Terciario incompleto
- Terciario completo
- Universitario incompleto
- Universitario completo
- Posgrado incompleto (aclarar maestría o doctorado).....
- Posgrado completo (aclarar maestría o doctorado).....

9. Estado civil (marque con una cruz):

- Soltero
- En pareja/ Casado
- Separación durante el embarazo

10. Situación laboral: Trabaja **Desocupado**

11. Situación laboral de la madre: Trabaja **Desocupado**

12. ¿Cuál es su clase socio - económica? (rodee una opción):

Clase Alta Clase Media – Alta Clase Media Clase Media – Baja Clase Baja

13. Parto del bebé (marque con una cruz):

- Normal
- Cesárea
- Parto con dificultad

14. Embarazo Planificado: ¿Fue planificado el embarazo de su hijo/a? SI **NO**

EEP (Berry y Jones, 1995)

Instrucciones: Las siguientes frases describen sentimientos y percepciones acerca de la experiencia de ser padre/madre. Piensa sobre cada uno de los ítems en términos de cómo es tu relación con tu hijo/s. Por favor, indica el grado de acuerdo o desacuerdo con los siguientes ítems, marcando el número correspondiente sobre el espacio que se ofrece para responder.

1	2	3	4	5
Muy en desacuerdo	En desacuerdo	Indeciso	De acuerdo	Muy de acuerdo

	1	2	3	4	5
1. Soy feliz como padre/madre					
2. A veces cuidar de mi hijo/s me supone más tiempo y energía de la que tengo.					
3. Me siento unido/a a mi hijo/s.					
4. Disfruto dedicándole tiempo a mi hijo/s.					
5. La mayor fuente de estrés en mi vida es mi hijo/s.					
6. Tener un hijo/s me quita tiempo y disponibilidad en mi vida.					
7. Tener un hijo/s ha sido una carga económica.					
8. El tener hijos me hace difícil compaginar distintas obligaciones.					
9. La conducta de mi hijo/a es a menudo molesta o estresante para mí.					
10. Me siento abrumado/a por la responsabilidad de ser padre/madre.					
11. Tener un hijo/s ha supuesto tener pocas oportunidades y poco control sobre mi vida.					
12. Estoy satisfecho/a como padre/madre.					

CSP (Nieri, 2015)

Consigna: A continuación hay 12 preguntas en relación a ser padre. Para contestar este cuestionario debe leer cada pregunta y sus respectivas opciones de respuesta. A continuación, marque con una “X” la opción que es verdadera de acuerdo con su vivencia. Si no marca nada en una opción de respuesta significa que esa opción es falsa o no correspondía a su situación.

1. ¿Qué pensó, o sintió cuando se enteró que iba a ser papá?

- Sentí nervios, miedo, raro.
- No me di cuenta, hasta que avanzo el embarazo.
- Me sentí emocionado, alegre, feliz, contento.

2. ¿Qué sintió o pensó cuando vio la primera ecografía?

- No sentí nada
- Fue extraño, no entendí nada
- Me sentí tranquilo y emocionado, quería que mi hijo estuviese bien.

3. ¿Cómo se sintió emocionalmente durante el embarazo?

- Me sentí ansioso, preocupado, nervioso.
- Me sentí mal porque tenía problemas con mi familia y/o esposa.
- Me sentí bien, tranquilo.

4. ¿Le habló a su hijo en la panza?

- No le hable a la panza.
- Cuando le hablaba a mi hijo sentía que mi hijo no hacía nada.
- Cuando le hablaba a mi hijo sentía que mi hijo se movía, me respondía.

5. Durante el embarazo, ¿cómo imaginó a su hijo/a?

- Yo no me imagine como iba a ser él bebé.
- Imagine a un bebé parecido: a mí, a los hermanos y/o a la madre.
- Imagine a mi hijo con las características parecidas a como es él/ella.

6. Durante el embarazo, soñé con:

- No soñé nada.
- Soñé con un bebe parecido: a mí, a los hermanos y/o a la madre.
- Soñé con mi hijo/a con las características parecidas a como es él/ella.

7. ¿Pensó en participar en el parto?

- No quería entrar al parto porque tenía miedo, me daba impresión.
- Quería participar del parto pero la clínica/hospital no me lo permitió.
- Quería participar del parto porque quería compartir ese momento con mi pareja y porque quería cuidar a mi bebé.

8. ¿Qué sintió cuando vio a su hijo por primera vez?

- Sentí miedo, preocupación, impresión.
- Me sentí raro, no entendía nada.
- Sentí alegría, emoción, que me había cambiado la vida, para bien.

9. Para mí ser un buen padre es:

- Mantenerlo económicamente, que no le falte nada.
- No consentirlos, ponerle límites, ser un buen guía.
- Darle amor, quererlo, estar siempre cuando me necesite.

10. ¿Cuáles tareas haría Ud. como padre?

- Trabajar
- Cuidar a mi hijo: cambiarle los pañales, darle la mamadera, etc.
- Ayudar a mi esposa con la tarea de la casa y el cuidado de mis hijos.

11. ¿Cómo son sus recuerdos de cuando Ud. era niño en relación a su padre?

- No tengo buenos recuerdos de mi padre.
- Mi padre era poco demostrativo.
- Con mi padre tuve/tengo buena relación

12. ¿Qué aprendió Ud. de su familia?

- No aprendí nada
- El respeto, los buenos modales
- La unión familiar y el amor a los hijos

Estrés parental y sensibilidad paterna en la etapa perinatal
Ailén Magalí González-Licenciatura en Psicología

Tablas

Ausencia de diferencias en la sensibilidad paterna según variables sociodemográficas

Tabla 1. *Diferencias en la sensibilidad paterna según situación laboral.*

	Trabaja N= 108	No trabaja N= 2	Prueba t
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	18.64 (2.578)	18 (1.414)	.348ns
Historia e identificación paterna	9.81 (1.620)	10 (.000)	-.169ns
Escala total	28.44 (3.454)	28 (1.414)	.181ns

Tabla 2. *Diferencias en la sensibilidad paterna según edad del padre.*

	Grupo 1 N= 29 Media (SD)	Grupo 2 N= 58 Media (SD)	Grupo 3 N= 23 Media (SD)	ANOVA F (2,107)
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	19.27 (2.434)	18.7 (1.987)	18.47 (2.747)	.604ns
Historia e identificación paterna	9.27(1.831)	9.7 (1.521)	9.96 (1.578)	1,230ns
Escala total	28.53 (3.461)	28.39 (2.872)	28.43 (3.619)	.008ns

Tabla 3. *Diferencias en la sensibilidad paterna según nivel de estudios.*

	Grupo 1 N= 29 Media (SD)	Grupo 2 N= 58 Media (SD)	Grupo 3 N= 23 Media (SD)	ANOVA F (2,107)
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	18.55 (3.112)	18.57 (2.137)	18.87 (2.865)	.129ns
Historia e identificación paterna	9.38(1.971)	10 (1.325)	9.87 (1.714)	1.478ns
Escala total	27.93 (4.044)	28.57 (2.696)	28.74 (4.245)	.444ns

Tabla 4. *Diferencias en la sensibilidad paterna según cantidad de hijos.*

	Un hijo N= 70	Dos o más hijos N= 40	Prueba t
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	18.7 (2.373)	18.5 (2.882)	.393ns
Historia e identificación paterna	9.76 (1.637)	9.9 (1.566)	-.447ns
Escala total	28.46 (3.433)	28.40 (3.455)	.084ns

Estrés parental y sensibilidad paterna en la etapa perinatal
Ailén Magalí González-Licenciatura en Psicología

Tabla 5. *Diferencias en la sensibilidad paterna según la planificación del embarazo.*

	Embarazo planificado N= 75	Embarazo no planificado N= 31	Prueba t
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	18.84 (2.290)	17.94 (3.130)	1.654ns
Historia e identificación paterna	9.81 (1.753)	9.74 (1.290)	.205ns
Escala total	28.65 (3.286)	27.68 (3.781)	.1.330ns

Tabla 6. *Diferencias en la sensibilidad paterna según la edad del hijo.*

	Grupo 1 N= 12	Grupo 2 N= 54	Grupo 3 N= 44	ANOVA
	Media (SD)	Media (SD)	Media (SD)	F (2,107)
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	18.4 (3.503)	18.61 (2.558)	18.68 (2.321)	.025ns
Historia e identificación paterna	9.67(1.231)	9.83 (1.645)	9.82 (1.674)	.053ns
Escala total	28.17 (4.064)	28.44 (3.548)	28.5 (3.159)	.044ns

Tabla 7. *Diferencias en la sensibilidad paterna según tipo de parto.*

	Parto normal N= 49	Parto por cesárea N= 61	Prueba t
Reacciones, conductas y sentimientos paternos	18.8 (2.475)	18.49 (2.637)	.090ns
Historia e identificación paterna	9.67 (1.951)	9.92 (1.269)	-.793ns
Escala total	28.47 (3.709)	28.41 (3.211)	.1.330ns

Estrés parental y sensibilidad paterna en la etapa perinatal
Ailén Magalí González-Licenciatura en Psicología

Ausencia de diferencias en el estrés parental según variables sociodemográficas

Tabla 8. *Diferencias en el estrés parental según situación laboral.*

	Trabaja N= 108	No trabaja N= 2	Prueba t
Estresores	16.79 (5.682)	14.5 (3.536)	.566ns
Recompensas	10.31 (2.713)	9.5 (2.121)	.422ns
Escala total	27.1 (6.065)	24 (1.414)	.720ns

Tabla 9. *Diferencias en el estrés parental según situación de pareja*

	Padres solteros N= 8	Padres en pareja N= 102	Prueba t
Estresores	18 (6.949)	16.65 (5.563)	.651ns
Recompensas	10.25 (2.964)	10.3 (2.691)	-.054ns
Escala total	28.25 (9.513)	26.95 (5.725)	.585ns

Tabla 10. *Diferencias en el estrés parental según cantidad de hijos.*

	Un hijo N= 70	Dos o más hijos N= 40	Prueba t
Estresores	16.7 (6.104)	16.83 (4.819)	-.111ns
Recompensas	10.39 (2.999)	10.15 (2.095)	.439ns
Escala total	27.09 (6.604)	26.98 (4.928)	.092ns

Tabla 11. *Diferencias en el estrés parental según la planificación del embarazo.*

	Embarazo planificado N= 75	Embarazo no planificado N= 31	Prueba t
Estresores	17.29 (5.659)	15.84 (5.659)	1.200ns
Recompensas	10.45 (2.901)	10.06 (2.294)	.665ns
Escala total	27.75 (6.140)	25.9 (5.659)	1.438ns

Tabla 12. *Diferencias en el estrés parental según tipo de parto.*

	Parto normal N= 49	Parto por cesárea N= 61	Prueba t
Estresores	15.82 (5.925)	17.49 (5.347)	-1.556ns
Recompensas	10.65 (3.364)	10.02 (1.996)	1.233ns
Escala total	26.47 (6.829)	27.51 (5.306)	-.898ns

Tabla 13. *Diferencias en el estrés parental según sexo del bebé.*

	Sexo Femenino N= 44	Sexo Masculino N= 66	Prueba t
Estresores	16.56 (5.949)	17.02 (5.218)	-.419ns
Recompensas	10.44 (3.049)	10.09 (2.078)	.662ns
Escala total	27 (6.575)	27.11 (5.163)	-.096ns